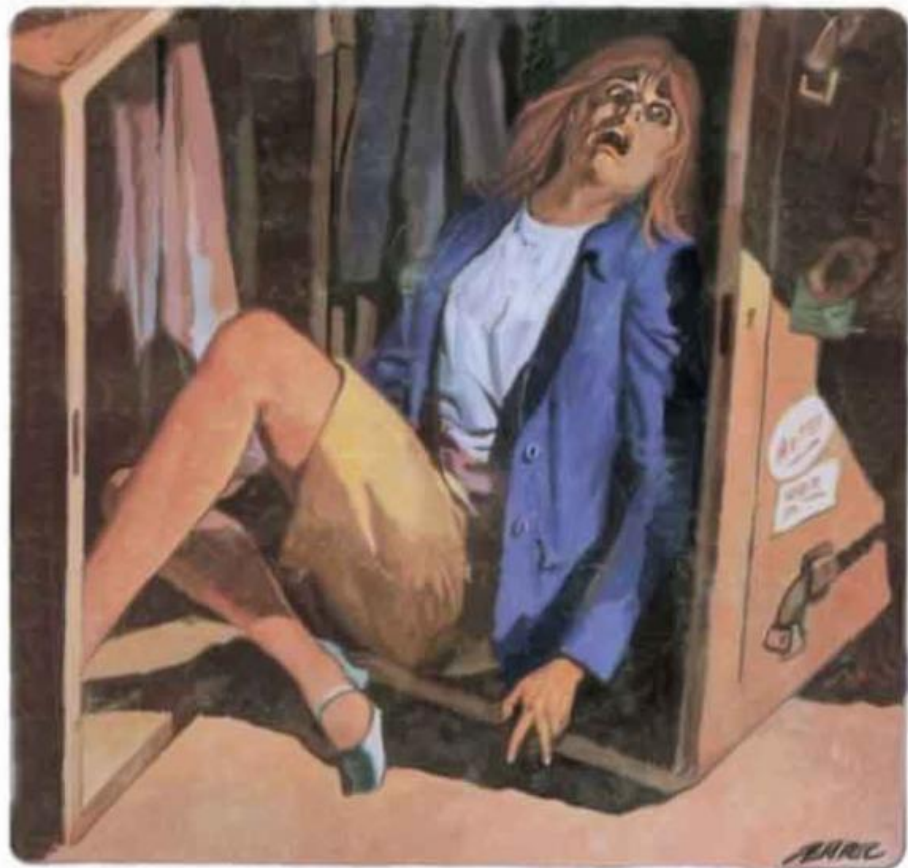


BOLSIBROS BRUGUERA



Lou CARRIGAN

MUNECAS PARA JUGAR





eb

LOU CARRIGAN

MUÑECAS PARA JUGAR

Colección LA HUELLA n.º 69
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2

Depósito legal: B 608-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en esta Colección: marzo, 1976

© Texto: Lou Carrigan - 1976

© Cubierta: Enrique Martín - 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Jerry Shanon se detuvo delante del gran escaparate de la tienda de modas. El nombre constaba en un artístico letrero de cristal pintado de tal modo, que las letras parecían flores. De todos modos, era fácil de leer: «Vanities». Un bonito letrero, en fin, había que admitirlo; por las noches, cuando se iluminaba, quedaba aún más bonito que de día, pues las flores destacaban con vivos y alegres colores.

Tras el gran cristal, había maniqués luciendo los modelos de la casa Vanities. A Jerry Shanon siempre le habían maravillado aquellos maniqués de celuloide. Eran perfectos. Siempre habían cinco o seis, y contemplando aquellas bellas muchachas de pega, Jerry se hacía un lío, porque no hubiese sabido con cuál quedarse en el caso de que se hubiesen convertido en seres de carne y hueso.

En general, a él le gustaban las morenas. Pero ¿qué decir en contra de aquella muchachita de plástico o lo que fuese, que tenía los bracitos como saludando, y aquella carita ideal, de grandes ojos azules y rubios cabellos?

¿Y de la pelirroja?

¿Y de la castaña?

Vamos, de todas. Jerry siempre zanjaba la cuestión con un fallo en verdad ecuánime, justo, generoso:

—Todas son unas tías buenas. Lástima que estén tan delgaditas.

Por eso, decididamente, a Jerry le gustaban mucho más las maniqués de plástico del escaparate que las modelos de carne y hueso que trabajaban en Vanities, dando paseítos arriba y abajo por la pasarela luciendo, vestidos elegantes.

Pero, en fin, así es la vida. Seguramente, si Jerry hubiese invitado a cenar a cualquiera de las modelos de Vanities, la muchacha habría aceptado; pero, a Jerry no le gustaban aquellas

chicas todo hueso y pellejo. Le gustaban las muñequitas del escaparate; y las muñequitas del escaparate, claro, era poco probable que aceptasen una invitación a cenar. Se podía jugar con ellas, pero no conseguir que engullesen un huevo duro, por ejemplo.

Era una lástima: tan bonitas, y sin vida. Simple material plástico; con brazos y piernas articuladas, eso sí, pero nada más. Y también la cintura la tenían articulada. En realidad, cuanto más pensaba en los maniqués, más maravillado se sentía Jerry Shanon. Se podía hacer con ellas lo que se deseara.

¿Hacía falta una chica sentadita? Pues nada, se le doblaban las piernas al maniquí, y ya estaba sentada. ¿Hacía falta una chica sosteniendo una copa de champaña? Pues se le doblaban los bracitos, se le ponía la copa entre los finos deditos, y la muñequita podía pasarse así toda la vida. ¿Una chica bailando? Ningún problema: se colocaba el maniquí en posición airosa, con los bracitos alzados, y asunto solucionado...

Lo cual no era tan fácil con una chica de verdad, porque no suelen ser tan dóciles. Las mujeres han evolucionado tanto que hasta se permiten tener ideas propias. Por ejemplo, Jerry podía invitar a una modelo de carne y hueso, y decirle:

—Siéntate, preciosa.

—No, gracias —podía replicar la modelo de carne y hueso—: prefiero estar de pie.

En cambio, los maniqués, aquellos preciosos maniqués de plástico..., ¡qué dóciles eran! Bien, no había que perder la esperanza: quizá algún día Jerry encontrara una chica así de bonita y que fuese dócil. ¿Por qué no, si en el mundo hay de todo?

Absolutamente de todo.

Incluso fauna desorientada.

Jerry Shanon llamaba «fauna desorientada», por ejemplo, al personaje que acudió velocísimamente a su encuentro cuando, por fin, se decidió a entrar en Vanities. El personaje se llamaba Hilary Stamp, y hacía mucho tiempo que trabajaba en modas femeninas.

Hilary Stamp era de buena estatura, elegantísimo, guapísimo, con el cabello teñido de color ceniza, y siempre tan meticulosamente afeitado que parecía imberbe.

Llegó muy apresuradito él, moviendo las manos, sonriendo coquetonamente, y diciendo:

—¡Ay, mira quién está aquí! ¡Pero si es el hombre integral!

Jerry Shanon, que era lo que suele llamarse un hombre de los pies a la cabeza, pasando, naturalmente, por las zonas intermedias, sonrió de oreja a oreja.

—¡Hola, macho! —Correspondió al saludo.

—¿Lo ve? —protestó Hilary, dando una patadita en el brillante suelo—. ¡Ya empieza ofendiendo!

¡Dios mío, Dios mío, con lo que yo aprecio a este hombre, y lo mal que me trata...!

—Bueno, bueno, nada de llantos, o se te va a estropear tu alma de nardo —alzó las manos Jerry; de pronto, exclamó, admiradísimo—: ¡Hay que ver lo sensible y guapote que eres, Hilary!

—¡Ay! ¿Verdad que sí? ¿Será verdad que la verdadera belleza brota del interior?

—Apuesta a qué sí —aseguró Jerry, muy serio—: cuanto mejor es uno por dentro, más hermoso es por fuera.

—¡Cielo santo con serafines rubios...! ¡Eso quiere decir que usted es muy bueno por dentro!

—Favor que me haces, Hilary.

—¡Ay! —suspiró Hilary—. ¡Aaaayyyyyy...!

Jerry Shanon no pudo evitarlo. Se echó a reír a carcajada limpia, en medio de la lujosa tienda de modas.

Y las clientas, que ya le estaban mirando desde que había entrado, sonrieron. Sonrieron de ese modo tierno y desfallecido que pone al descubierto el éxtasis interior. Porque, a fin de cuentas, Jerry Shanon era realmente todo un tipazo de hombre, capaz de provocar éxtasis y emociones mucho más dinámicas en las mujeres. Alto, atlético, guapo a lo masculino, bien vestido, rubios los largos cabellos, y negros los ojos. Casi nada. Uno de esos tipos que va dejando a las mujeres con la boca abierta a su paso.

—Bueno —pudo retener la risa—, déjate de virguerías. Y sigue con tu trabajo, querido. He venido a ver a Angus.

—Ay... ¡Ay!

—¿Sabes una cosa, Hilary? —Frunció el ceño Jerry—. Cada vez que te veo, mis pensamientos se confunden. A veces pienso que nos estás tomando el pelo a todos.

—¡Yo no le tomo el pelo a nadie!

—Entonces, te confieso que me das miedo.

—¡Hijo, cualquiera diría...!

—Hasta luego, flor de estrellas.

Riendo de nuevo, Jerry cruzó el local, ignorando a las damas que le miraban con expresión enternecida. No le interesaban aquellas damas. Unas, porque eran demasiado maduras para él.

Otras, porque eran feas. Otras, porque eran flacas... No es que Jerry fuese un exigente intransigente, no: simplemente, tenía la esperanza de que cualquier día encontraría la muñequita de sus sueños.

Recorrió un pasillo, y entró en la trastienda, donde había varias modelos probándose vestidos; algunas de ellas a punto de hacerlo, por lo que no llevaban encima ni siquiera una hoja de parra.

Vieron a Jerry, naturalmente, pero ni siquiera parpadearon. Con lo cual, quedaron empatados, pues Jerry permaneció impávido. A fin de cuentas, podía Ver, siempre que quisiera, docenas de varillas de paraguas.

—¡Hombre! —Oyó—. ¡Pero si es el señor Shanon!

Jerry miró hacia allí, vio a Brod Mulberry, y sonrió. Le caía bien Mulberry, ésa era la verdad. No sólo porque fuese el socio de su viejo y querido amigo Angus, sino porque era masculino y normal cien por cien, pese a ser guapetón y pasarse la vida entre mujeres. Brod Mulberry debía tener unos cuarenta años, era ancho, sólido, varonil. Y también era modista. Un buen modista, sin duda alguna.

Tiempo atrás, se había asociado con Angus Forrest, el viejo amigacho de Jerry, y habían instalado la Vanities. Se entendían muy bien: Angus dibujaba los modelos, haciendo gala de una imaginación y buen gusto admirables. Luego, Mulberry los convertía en realidad.

Precisamente, en aquellos momentos estaba probándole un vestido de noche a un maniquí colocado sobre una tarima de apenas treinta centímetros de altura. El maniquí estaba con los bracitos un poco alzados, como esperando un abrazo; por un lado se le veía la forma rosada de un seno precioso. ¡Qué bonitos y dóciles eran los maniqués...!

—¡Hola, Mulberry! —saludó Jerry, acercándose—. ¿Qué tal?

—Pues ya ve: siempre trabajando.

—Eso es malo para las amígdalas.

—¿Para las amígdalas? —se sorprendió Mulberry.

—Toma, claro. Si trabajar es malo para todo..., ¿por qué no ha de ser malo para las amígdalas?

—Entiendo —rió Mulberry—. Bueno, ¿qué le trae por aquí?

—Vengo a ver a Angus. Me ha llamado a mi despacho hace unos minutos, recalcando que el asunto era urgentísimo. Supongo que está en su estudio.

—Sí, en efecto. ¿Urgentísimo? ¿Qué ocurre?

—No tengo ni idea. ¿Usted tampoco?

Brod Mulberry quedó pensativo, fruncido, el ceño. Por su expresión, Jerry comprendió que, de pronto, a Mulberry ya no le sorprendía tanto que Angus le hubiese llamado.

—Será mejor que hable con Angus —murmuró—. Yo iré en cuanto termine con esto.

—Parece que sí sabe usted algo, ¿verdad?

—Pues... Bueno, recordando la profesión de usted, casi estoy seguro de por qué le ha llamado Angus, por fin.

—¿Por fin? ¿Qué quiere decir?

—Hable con Angus.

—De acuerdo —Jerry miró el maniquí, y aprobó con un gesto—. Sí, señor, ésta es una linda muñeca.

La última frase la dijo mientras deslizaba una mano por la bien curvada cadera del maniquí...

Inmediatamente, el maniquí se volvió hacia Jerry, y movió el bracito derecho.

¡Plaf!, resonó el tortazo.

Y, en seguida, la voz del maniquí:

—Le aconsejo que se compre usted unos lentes.

En la trastienda resonó una carcajada colectiva, mientras Jerry Shanon, tras retroceder un paso, se llevó una mano a la mejilla golpeada.

—¡Cascaras! —exclamó—. ¡No es una muñeca!

—Pero, hombre —rió de nuevo Mulberry—, ¿cómo se le ha ocurrido hacer una cosa así? ¡Y nada menos que a Carol, que es de lo más quisquillosa!

—Bueno, de verdad, me... me pareció que era una... una muñeca...

—Usted es un caradura —dijo la maniquí.

Jerry la miró de arriba a abajo. Cualquiera puede equivocarse, y

en el caso de él estaba justificado, porque la muchacha llamada Carol parecía de verdad una muñequita. Una preciosa, bellísima, encantadora muñequita de rubios cabellos y ojos verdiazules, o algo así. No debía tener más de veinte o veintidós años. Fabulosa. Pero, bien mirada, resultaba decepcionante.

—Y usted es una varilla de paraguas —masculló Jerry—... ¿Qué digo, una varilla de paraguas?

¡Usted es un saco de huesos, nena!

—¡Grosero! ¡Estúpido!

—¡Flaca!

—¡Cretino!

Jerry frunció el ceño. Mulberry no podía contener la risa, y las demás modelos estaban que se morían, de tanto reír abiertamente.

Segundos después, entraba en el estudio de Angus Forrest, el viejo compinche de maravillosos tiempos. Lo de viejo era un decir, pues Angus Forrest, como Jerry, tenía alrededor de treinta años.

Esperaba encontrarlo inclinado sobre su tablero de dibujo, pero no fue así. Forrest estaba sentado en un alto taburete, muy rígido, hosca la expresión, mirándolo fijamente.

—¡Maldito seas, Jerry! —masculló—. ¡Hace mil años que te estoy esperando!

Jerry miró su reloj de pulsera. Hacía apenas media hora que Angus le había llamado por teléfono.

Pero, a los amigos hay que disculpárselo todo. Todo. Cualquier cosa. Sobre todo, cuando están tan preocupados como lo estaba Angus. Lo conocía muy bien. Habían jugado juntos desde que ambos pudieron sostenerse en pie. Colegio, chicas, Universidad, chicas, empleos vanos, chicas, Marina, chicas...

—Tranquilízate —murmuró—: el mundo todavía sigue girando.

—¿Vas a ayudarme, o no?

—Es una pregunta indigna de tu inteligencia..., y de nuestra amistad, que ni siquiera debería ser mencionada, como el sol, que no se menciona porque siempre está ahí arriba. Hagamos un trato, Angus: tú te tranquilizas y yo te ayudo. ¿Okay?

—Okay.

—Bien: ¿qué pasa?

—Tengo una muñeca para ti —musitó Forrest, poniéndose en pie—... Ven conmigo.

CAPÍTULO II

Lo condujo al almacén. Allí había de todo: grandes cajas de cartón; otras aún más grandes de madera, para embalajes; maniqués deteriorados, mostrando sus calvas cabezas, los senos de plástico, las ranuras de las articulaciones; dos grandes perchas longitudinales llenas de vestidos: baúles, maletas, cajones rebosantes de zapatos, piezas de tela amontonadas, espejos... Era como un gran bazar de cosas usadas, y de otras que esperaban ser utilizadas. Al fondo había una doble puerta solidísima, forrada con una chapa de hierro claveteada.

—Supongo que por aquí recibís las mercancías, y las sacáis para expedirlas a todo el país. Quiero decir, que por aquí sacáis los vestidos para...

No siguió hablando, porque se dio cuenta de que Angus no le hacía el menor caso. Había apartado los vestidos que colgaban en pequeñas perchas de la gran percha longitudinal como las que se usan en los grandes almacenes para exponer los vestidos. Desapareció detrás de las ropas, y Jerry comprendió que debía seguirlo.

Lo hizo. Se encontraron entre los vestidos colgados y la pared. Delante de ellos, había un baúl, cerrado. Angus Forrest alzó la tapa tras abrir la cerradura con una llave que sacó de un bolsillo interior, como si fuese de oro.

Y cuando Forrest alzó la tapa, Jerry vio la muñeca.

Estaba metida en el baúl, dobladita, vestida de calle. Sus bracitos articulados colgaban hacia el fondo de la caja, por entre sus piernas encogidas. La cabecita había quedado frente a una de las paredes del baúl. Era pelirroja, de modo que sus blancas facciones destacaban descoloridas, desencajadas. Desde su posición, Jerry

podía ver el ojo derecho de la muñequita, abierto. Terriblemente abierto.

Jerry se inclinó, y puso dos dedos en un lado del cuello de la muñequita. Estaba casi tan pálido como ella, cuando miró a su viejo amigo.

—Como broma, no me gusta nada —murmuró.

—¿Crees que he sido yo quien la ha matado? —Se tensó la voz de Forrest.

—¿No?

—Claro que no.

—Bien. Vamos a tomarnos las cosas con calma. ¿Quién es?

—Jane Benton, una de las modelos que trabajan..., que trabajaba en la casa.

—¿La encontraste aquí, dentro del baúl?

—No, no... ¿Por qué demonios tendría que mirar yo un baúl vacío? Vine aquí en busca de Hilary, para que me ayudase a llevar al estudio una pieza de tela que tenía que estudiar...

—¿Quieres decir que Hilary no estaba a la vista?

—No.

—¿Dónde estaba?

—En los lavabos. ¡Oh, vamos, déjate de tonterías, Jerry! Hilary no es capaz de estrangular ni a una lagartija. Estaba en los lavabos, dándose un toquecito al pelo.

—Está bien, está bien... ¿Qué hiciste?

—Espera... Yo vine aquí, y como no encontraba a Hilary decidí arreglármelas solo. Las piezas de tela que buscaba —señaló a un lado— están ahí. Me acerqué, agarré una, y entonces vi a Jane, tendida en el suelo...

—¿Quieres decir que fuiste tú quien la metió en el baúl?

—Sí... Claro, sí...

—¡Maldita sea tu estampa...! ¿Por qué demonios tuviste que tocarla? ¡A la policía no va a gustarle eso, Angus!

—Jerry: la policía no tiene que enterarse de esto.

Se quedaron mirándose fijamente. Por fin, Jerry movió la cabeza.

—Estás loco, muchacho. ¿Qué pretendes? ¿Meterte en el gran lío de tu vida?

—Tú tienes que sacarla de aquí, Jerry... ¡Tienes que llevártela

lejos! ¡Puedes hacerlo, sé que tú puedes hacerlo!

—Si te pones nervioso, me largo —masculló Jerry—. Así que conversemos con serenidad. Mira, en primer lugar, yo soy un detective privado, no un mago, así que ya me dirás cómo puedo llevarme de aquí a una chica muerta. En segundo lugar, eso de llevarse por ahí un cadáver está muy bien en los telefilmes, pero en la vida real la cosa cambia, y mucho. En tercer lugar, puesto que dices que no has sido tú, no hay problema. Soy muy buen amigo del capitán Harrison, de Homicidios, así que sólo tengo que llamarle, le explicas lo que sabes del asunto, y te quedas tranquilo. Todo lo que no sea hacer esto, Angus, es complicarse la vida, de veras.

—¿No quieres ayudarme?

—Aunque te parezca lo contrario, es lo que estoy haciendo, Angus. Por supuesto, a Harrison no va a gustarle que tú movieses el cadáver, pero arreglaremos eso.

—¡Adiós, Jerry!

—¿Cómo, adiós?

—Me las arreglaré solo.

—No seas estúpido.

—¡Adiós!

Jerry frunció el ceño, y se quedó mirando de nuevo fijamente a su amigo... ¿Desde que ambos pudieron sostenerse en pie? Esto no era del todo exacto: en realidad, habían empezado a jugar juntos cuando aún iban a gatas.

—La madre que te trajo al mundo —masculló de pronto—... ¡Angus, que nos vamos a meter en un lío, te lo advierto!

—No tienes por qué comprometerte por mí.

—Es la frase más idiota que he oído en mí vida... Vamos a ver: ¿por qué no quieres que llamemos a la policía?

—Sería mi ruina. Déjame que te lo explique... Hace ya tres temporadas que alguien me está robando mis modelos. No me preguntes quién lo hace, ni cómo, pero así es. Ya sabes cuál es mi trabajo: me siento delante del tablero de dibujo, y empiezo a imaginar formas y colores; finalmente, consigo un modelo de vestido, exclusivo. Cada temporada, presentamos no menos de treinta, así que comprenderás que estoy de trabajo hasta las cejas. Aunque algunos cretinos crean que esto de diseñar modelos de vestidos es una especie de juego tonto y afeminado, yo lo considero

un trabajo tan importante como otro cualquiera..., y te aseguro que esta industria mueve millones de dólares. El año pasado...

—Ya sé, más o menos, lo que es el mundo de la moda —gruñó Angus—. Todo el mundo lo sabe. Y puesto que tú has alcanzado un considerable prestigio en él, es que vales para tu trabajo. Eres uno de los diseñadores más famosos de Nueva York, de acuerdo. Haces cada temporada treinta dibujitos de éstos, de acuerdo. ¿Qué más sigue?

—Ya te lo he dicho: hace tres temporadas que me están robando mi trabajo. El año pasado, y el anterior, cuando estábamos a punto de hacer el desfile de inauguración..., ¿qué crees que ocurrió?

Pues ni más ni menos que los Grandes Almacenes Colby pusieron en sus escaparates casi todos mis modelos, ligerísimamente retocados.

—¿Qué me dices? ¡Demonios! Eso es lo que se llama espionaje industrial, ¿no?

—¡Que se llame como el demonio quiera! —farfulló Forrest—. Lo cierto es que unos modelos que yo había creado, y que pensábamos vender a dos mil quinientos o tres mil dólares, aparecieron en los escaparates de Colby... ¡a trescientos quince dólares, y como modelos de serie!

—La gran guarrada —asintió Jerry—. Bueno, eso fue hace dos temporadas. ¿Y ocurrió lo mismo en la anterior?

—El año pasado ocurrió exactamente lo mismo. Una semana antes de nuestro desfile inaugural, aparecieron mis modelos en los escaparates de Colby, a trescientos cincuenta dólares.

—Vaya, todo sube...

—¡A mí no me parece cosa de broma! Hace dos temporadas, sufrimos un quebranto económico terrible Broderick y yo, al no poder hacer la inauguración. Como es natural, nuestras clientas fueron a otras tiendas de modas, y además, se dijo que yo estaba acabado... Lo mismo pasó al año siguiente.

Para ser sincero contigo, Broderick y yo estamos al borde de la ruina. Si este año algo sale mal, estaremos liquidados. Completamente arruinados.

—¿Cuándo es la inauguración?

—Dentro de doce días. Estamos trabajando como locos..., y esta vez, en secreto.

—¿Qué quieres decir?

—Verás... Como cada año, yo he estado trabajando aquí, en la tienda, dibujando los modelos. No los he cuidado en absoluto..., por la sencilla razón de que los verdaderos modelos, los que vamos a presentar, los he dibujado en mi apartamento, donde sé seguro que no ha entrado nadie. Ahora, estamos trabajando de firme con las telas, ya debes haber visto a Broderick ahí fuera. Les hemos prohibido a las chicas que hablen de los modelos que se prueban. Mientras tanto, es muy posible que, como los dos años anteriores, alguien se las haya dado de listo y haya robado los modelos que he dibujado aquí... Eso lo sabremos si Colby vuelve a hacer su jugada. Pero, al menos, esta vez presentaremos nuestra colección, y Colby sólo unos adefesios más o menos aceptables.

—Me parece una buena jugada —aprobó Jerry—. Ahora, dime qué tiene que ver todo eso con esta chica muerta.

—En mi estudio puede entrar cualquiera. Yo creo que los años anteriores, y hasta juraría que éste también, alguien ha fotografiado mis dibujos. ¿Comprendes? Luego, les venden las fotografías a los Colby, y asunto terminado.

—De acuerdo. Pero seguimos teniendo una chica muerta.

—Yo creo que a Jane la han matado porque sabía algo, o había visto algo.

—Ya... Pero, Angus, si te han robado también este año los adefesios que has hecho aquí, ya deben estar en las fábricas, ¿no? Quiero decir que todos esos modelitos para señoras no se fabrican en doce días.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! Si este año también me han robado los dibujos que he hecho aquí, ya deben estar confeccionados cientos, miles de vestidos. Pero, el... espía industrial ha tenido que darse cuenta de que los vestidos que estamos preparando aquí para el día de la inauguración, no tienen nada que ver con los diseños que él fotografió y vendió a Colby hace un mes, o dos. Entonces, supongo que ha querido fotografiar a Broderick trabajando, esto es, obtener fotografías en directo de los auténticos modelos. Y en eso debía estar, cuando Jane lo sorprendió.

—Y entonces, la estranguló.

—Sí.

—Y la dejó tendida en el suelo y se fue, tan campante.

—Tan campante, no. La dejó escondida detrás de los vestidos; convencido de que nadie vendría por aquí. Luego, fue a la puerta, y la dejó abierta, de modo que podría volver más tarde para retirar el cadáver.

—¿Quieres decir que la puerta de este almacén está abierta?

—La encontré abierta. Ven a ver.

Se acercaron a la puerta, y Forrest señaló el gran pestillo. Parecía cerrado, pero en realidad quedaba sujeto por el borde, de modo que la puerta parecía cerrada, y, en cambio, sólo era necesario empujar desde fuera para abrirla, sin más complicaciones. Jerry Shanon se pasó una mano por la boca, pensativo. Luego, sin decir palabra, regresó junto al baúl, seguido por Forrest. A una seña, éste le ayudó a sacar el cadáver de la muchacha llamada Jane Benton, que estaba ya frío, y con cierta rigidez.

—¿Me llamaste en cuanto la encontraste?

—No. No sabía qué hacer... Me metí en los lavabos, como un tonto. Al ver a Hilary allí, estuve a punto de decirle que le había estado buscando, para que me ayudase. No le dije nada. Él volvió a la tienda, y yo me lavé las manos, sólo para justificar haber entrado allí. Ya sabes que nunca te he molestado, Jerry..., ni siquiera cuando el robo de mis diseños los dos años anteriores. Pero esta vez la cosa era más seria. Bueno, me lavé las manos, vine aquí, recogí la pieza de tela que necesitaba, y la llevé a mi estudio. Después de pensar, volví aquí, y metí a Jane en el baúl. Mi idea era esconderla y esperar a ver si alguien entraba en el almacén procedente del callejón, pero me pareció... una imprudencia.

—¿Crees que el asesino está fuera de la casa?

—O está, o puede salir por la puerta de la tienda y entrar aquí por la del callejón, a buscar a Jane.

—¿Pero crees que es alguien de la casa, uno de los empleados de Vanities?

—Bueno... Supongo que sí. De otro modo, no podría haber estado fotografiando mis diseños, entrando y saliendo a su antojo de todas partes de la casa, ¿no te parece?

—Claro. Un desconocido es poco probable que pudiese hacer eso. ¿Has notado la ausencia de alguien?

—No. Sólo falta Jane..., y es lógico.

—¿Los demás no han preguntado por ella?

—No lo sé. Es de suponer que sí, pero eso no tiene importancia, ya que Jane puede haber salido a tomar un café, o a cualquier otra cosa, o haberse sentido indispuesta y haber marchado a su apartamento. Lo que no creo que se le ocurra a nadie es pensar que está aquí, muerta.

—A nadie, excepto al asesino —susurró Jerry—. Me pregunto qué está pensando, qué es lo que piensa hacer al respecto...

—Yo creo que vendrá a por el cadáver. No sé cuándo ni cómo, pero vendrá.

Jerry Shanon reflexionó unos segundos, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—Podría ser eso, pero yo no lo creo, Angus. Es muy posible que haya tenido una idea mejor.

—¿Cuál?

—Si hubiese querido llevarse luego el cadáver, lo habría escondido, que es lo que has hecho tú cuando finalmente pensaste en mí para que viniese a llevármelo. Posiblemente, lo habría metido en un baúl, o lo habría envuelto en vestidos, o en telas sueltas... Algo así. Pero no. Lo dejó aquí tirado, en el suelo..., y se fue.

—¿Y eso te sugiere algo a ti?

—Supongamos que hubieses llamado a la policía. La policía se habría dado cuenta de que la puerta del almacén no estaba cerrada. Entonces, podían pensar, una vez puestos por ti al corriente de los robos de diseños, que Jane era quien te robaba. Debió tomar algunas fotografías, vino aquí, abrió la puerta que da al callejón, y un cómplice recogió las fotografías. Pero entonces, pasó algo, Jane Benton y su cómplice se disgustaron, y él la estranguló. Luego, la dejó simplemente tendida detrás de estos vestidos, y se fue, sin acertar a cerrar bien una puerta que desconocía, ya que era Jane Benton quien siempre le abría y quien la cerraba las otras veces, cuando el cómplice se iba.

—Demonios... ¡Eso tiene más lógica que lo que yo pensaba, Jerry!

—Y nos dificulta mucho las cosas, porque para encontrar al asesino no será suficiente investigar a los empleados de Vanities.

—¿Qué quieres decir?

Jerry se pasó las manos por la cara. Luego, se acucilló junto al cadáver, y lo estuvo observando.

¡Pobre muchacha...! Desde luego, había sido un saco de huesos, como todas las modelos..., o casi todas. Pero eso no justifica una muerte tan horrible. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas, así como la lengua, hinchada, oscura.

—Angus, deberíamos avisar al capitán Harrison.

—Si hacemos eso, todo se sabrá, no podré presentar mi colección de este año, todo se complicará...

Jerry, si hacemos eso voy a quedar definitivamente arruinado, nos lo estamos jugando todo a esta carta. ¡No puedo hacerlo, no puedo! Sé que es brutal y egoísta por mi parte, casi monstruoso... ¡Pero ella está muerta ya, nada podemos hacer en su favor!

—¿Y qué has pensado exactamente?

—Que podrías llevarla a algún sitio y dejarla allí, para que pareciese que... que la habían matado en ese sitio. Donde sea, pero lejos de aquí.

Jerry Shanon se quedó mirando fijamente a Angus Forrest. Por supuesto, si cualquier otra persona le hubiese propuesto algo semejante, no sólo habría avisado ya a la policía, sino que le habría roto la cara.

—¿Cuántos hombres trabajáis aquí? —Gruñó.

—Pues... Veamos, está Broderick, Hilary, el conserje, y dos botones..., y yo, claro. ¿Lo ha hecho un hombre, claro?

—Bueno... No sé. Hay mujeres muy fuertes, desde luego pero esto parece hecho por un hombre. Y digo «parece».

—¿Qué hacemos? ¿Te la vas a llevar, Jerry?

—Sí. Tengo el coche en el estacionamiento de ahí al lado. Vendré con él por el callejón dentro de unos diez minutos, calculo. Mientras tanto, quiero que me apuntes en un papel los nombres de todos los empleados de Vanities, dónde viven, su número de teléfono, y todo lo que se te ocurra. Y tienes que hacerlo deprisa. Luego, vienes aquí, cierras la puerta, y me empaquetas a la muchacha de modo que la podamos sacar al callejón y meterla en el maletero del coche... ¿Sabe esto alguien más?

—No, no.

—¿Ni siquiera tu socio?

—Claro que no. Se pondría aún más nervioso que yo, así que he preferido no decirle nada.

—Está bien. Saldré por la puerta principal... Si Mulberry me

pregunta algo, le diré que hemos estado conversando sobre el robo de tus diseños. ¿De acuerdo?

—Sí, sí. Podemos decirle que te vas a encargar de investigar el asunto si Colby pone a la venta los adefesios que han podido robarme en esta ocasión.

—Bien. A propósito: los Colby son muy grandes, así que habrá alguien al frente de esa sección de modelos en serie, ¿no? Lo que quiero decir es que alguien habrá presentado tus modelos allá, y alguien los habrá aceptado.

—Lógicamente. Quien dirige esa sección de prêt-à-porter es una mujer. Se llama Helen Bowman. Es una modelo..., bueno, fue una modelo, pero se retiró. Es muy elegante, inteligente y atractiva.

—Vaya, otra varilla de paraguas. Por cierto: ¿cómo se llama esa chica rubita, de nombre Carol?

—Carol Ward. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada! Bueno, salgamos de aquí. Y espero que te comportes con suficiente naturalidad: si nos atrapan en esto, tú y yo no tendremos que preocuparnos por nuestra prosperidad durante unos cuantos años. ¿Está claro?

—Siento haberte metido en esto, Jerry, pero no podía confiar en nadie más.

—Está bien, hombre, ya rueda la bola, así que sigamos el juego. Vamos allá. Y recuerda: tardaré unos diez minutos, así que no te distraigas.

En la tienda, Hilary apareció trotando hacia él, agitando las manitas.

—¿Ya se va usted, señor Shanon?

—Pues sí, hijo, ya ves. Me quedaría si dispusiera de tiempo, pero no puedo.

—¡Ay, qué hombre éste! ¡Siempre de un lado para otro!

—Es que soy muy activo. Bueno, perdona, pero es que tengo mucha prisa, de veras. Adiós, cariño.

—¡Adiós!

Jerry Shanon salió riendo de Vanities.

Pero dejó de reír en cuanto estuvo en la calle. A veces, la amistad, como el amor, sólo sirve para complicarle a uno la vida.

Quince minutos más tarde, Shanon detenía su coche en el callejón lateral, se apeaba, y empujaba la sólida puerta que daba

directamente al almacén.

Angus Forrest le estaba esperando con lógica impaciencia. Le tendió un sobre, que Jerry se guardó rápidamente, caminando ya hacia donde estaba el cadáver, que Forrest había «empaquetado» ya, de modo convincente. Lo sacaron entre los dos, lo colocaron en el porta-maletas aprovechando un instante en que no pasaba nadie por el callejón, y con un gesto de despedida, Jerry volvió al volante.

Segundos después, había desaparecido, como tragado por la gigantesca Nueva York.

CAPÍTULO III

Debían ser las cuatro de la tarde cuando Jerry Shanon se personó en los Grandes Almacenes Colby, atestado de una clientela variadísima que creaba un rumor que le pareció de enjambre de moscas.

En información le indicaron dónde podría encontrar a *miss* Bowman, jefe del Departamento de Modas. Segundo piso, sólo para damas. Jerry se colocó en las escaleras mecánicas, encendiendo un cigarrillo, pensativo. Quizá no fuese demasiado buena la idea de ir a ver a *miss* Bowman, pero por alguna parte tenía que empezar. Se había metido en el más fastidioso lío de su vida, y tenía que salir de él antes de cuarenta y ocho horas; en caso contrario, tanto Angus como él lo iban a pasar muy muy mal.

Cambió de tramo de escaleras en el primer piso, mientras guiñaba el ojo a una muchacha que le miraba boquiabierta...

Sí, seguramente Helen Bowman sería todo un hueso. Y no sólo por su delgadez. Para dirigir una sección en unos grandes almacenes hacía falta tener agallas. Y un carácter férreo, sin duda alguna.

Segundo piso.

Una dependienta que lo confundió con Robert Redford le indicó dónde estaba el despacho de *miss* Bowman, al fondo de la sección, en el lado de la, fachada. Naturalmente, había un antedespacho, en el que una secretaria recibió muy amablemente a Jerry, escuchándolo con gran atención.

—¿Le espera a usted *miss* Bowman, señor Shanon?

—Aunque no lo sabe, sí, me espera.

—¿Perdón? No comprendo...

—Ella no lo sabe, pero por fin estoy aquí: soy el hombre de su vida.

La secretaria, que tenía más de cincuenta años y un impresionante aire de eficiencia, lanzó una diminuta carcajada. Estuvo a punto de recurrir al intercomunicador para anunciar a Jerry, pero prefirió entrar en el despacho. Salió un minuto más tarde, sonriendo.

—Miss Bowman le recibirá dentro de unos minutos, señor Shanon. ¿Quiere sentarse, por favor?

Jerry se sentó. Le irritaba la gente que hacía esperar a los demás, como si sólo ellos pudiesen medir su tiempo en peso de oro. Por supuesto que *miss* Bowman no estaba haciendo nada de particular: simplemente, debía causarle placer darse importancia haciendo esperar a las visitas.

Se la estaba, imaginando perfectamente: alta, sofisticada, huesuda..., seguramente con lentes, y desde luego no menor de cincuenta y cinco años, pues de otro modo, ¿por qué retirarse de la bonita y divertida profesión de modelo? Sí señor, sería tan seca por dentro como por fuera, de carácter reservado, meticulado, inquisitivo. En realidad, Jerry Shanon se estaba arrepintiendo de haber dado aquel paso, que le empezaba a parecer un ataque demasiado directo...

La puerta del despacho se abrió, y aparecieron varias mujeres y un hombre, llevando dibujos y telas, cambiando impresiones. Vaya, pues se había equivocado: *Miss* Bowman, en efecto, había estado ocupada.

—Puede usted pasar, señor Shanon —señaló la secretaria hacia la puerta.

El detective privado entró en el despacho, mirando hacia la gran mesa colocada de espaldas al ventanal que daba a la Quinta Avenida. No había nadie sentado a la mesa. Pero sí había una mujer, de pie ante el ventanal, mirando hacia la calle, mientras encendía un cigarrillo.

—Buenas tardes —saludó Jerry.

La mujer se volvió.

Y Jerry Shanon estuvo a punto de caer de espaldas. No sólo era morena, sino que además era alta, joven y bellísima, con un cuerpo espléndido en el que no se percibía ni la más leve señal de la osamenta. Era tan hermosa, de aspecto tan dulce, simpático y acogedor, que Jerry se quedó mudo y petrificado.

—Buenas tardes, señor Shanon. ¿Quería usted verme?

—¿Eh...?

Una chispa de malicia pareció emerger en los oscuros ojos de la muchacha, como un silencioso fuego de artificio.

—Entiendo que quiere usted hablar conmigo —sonrió.

—¿Con usted...? Bueno, lo preferiría, ésa es la verdad. Pero con quien yo quiero hablar es con *miss* Bowman. Helen Bowman.

—Yo soy Helen Bowman.

Jerry movió la cabeza.

—Me lo temía —masculló—: llevo una temporada que no acierto ni una. ¿Cómo está Usted, *miss* Bowman?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—¿Yo? Psé... Orgánicamente, no puedo quejarme, pues todo funciona bien: el hígado, los riñones, el corazón, el páncreas... Ya sabe, todo eso. Físicamente, tampoco puedo quejarme: según un amigo mío que es, digamos «raro», soy nada menos que un prototipo de hombre, una copia única. ¿Usted qué opina?

—Opino que Agatha tiene razón: es usted simpático. ¿Quiere sentarse?

—Bueno.

Esperó a que lo hiciese *miss* Bowman, la cual le ofreció una graciosa cajita llena de cigarrillos, alzando las cejas.

—No, gracias, acabo de fumar ahora, y no quiero abusar.

—Me parece muy bien. No quisiera parecerle antipática, señor Shanon, pero todavía tengo muchas cosas que hacer antes de terminar la jornada. ¿En qué puedo servirle?

—Supongo que usted me está preguntando el objeto de mi visita —puntualizó Jerry.

—Sí... Claro, naturalmente.

—Es que no es lo mismo, ¿sabe? Una cosa es el objeto de mi visita y otra cosa muy distinta sería explicarle en qué puede usted servirme. ¿Me explico?

—Y muy bien —sonrió, de nuevo, Helen Bowman—. ¿Cuál es el objeto de su visita?

—Señorita Bowman: ¿es usted una persona discreta? Quiero decir: ¿quedará entre nosotros esta conversación?

—Cuenta con ello. Me está intrigando, señor Shanon.

—Vamos a despejar rápidamente la incógnita. Digamos que

represento los intereses comerciales de Vanities.

—¡Ah!, Vanities... Sí, es una tienda interesante. Al menos, lo era hasta hace un par de años.

Últimamente, parece que algo está fallando en ese negocio.

—Sí, en efecto. Lo que ocurre es que les están robando los diseños. Ya sabe: los dibujos de los modelos de temporada. Angus Forrest es el diseñador.

—Lo sé. Nos hemos relacionado algunas veces, en convenciones, cócteles, alguna fiesta privada...

No sé si he entendido bien, señor Shanon: ¿le están robando los diseños a Vanities?

—Sí. Se los robaron hace dos años, también el año pasado, y probablemente ha ocurrido lo mismo este año.

—Bien... No sé qué decir. Lo siento de veras, pero..., ¿por qué me cuenta usted eso?

—Los diseños que le fueron robados a Angus Forrest fueron expuestos en las dos ocasiones anteriores, un poco modificados, en los escaparates de Colby. A trescientos quince dólares la primera vez. A trescientos cincuenta la segunda.

Helen Bowman se quedó mirando fijamente a Jerry Shanon. Éste tuvo la impresión de que los grandes y oscuros ojos de la muchacha se oscurecían todavía más. De pronto, *miss* Bowman se puso en pie.

—¡Adiós, señor Shanon!

—Llámeme Jerry, es más íntimo —replicó, reposadamente el detective privado—. Vamos, señorita Bowman, sea razonable. Como usted comprenderá, yo no he venido aquí para decir estupideces. Lo que he dicho, lo mantengo. Estoy seguro de que usted y yo podemos conversar de un modo inteligente.

—Me niego a conversar con usted. Salga, por favor.

—¿Conoce usted a una modelo llamada Jane Benton?

—Sí... Sí, la recuerdo. Es una chica pelirroja, bastante bonita. Muy profesional.

—Bien. ¿Son ustedes dos, amigas, particularmente? ¿O alguien de Colby tiene relaciones personales con Jane Benton?

—Señor Shanon —*Miss* Bowman se sentó de nuevo—, tengo en mi mesa un botoncito que, si lo aprieto, va a provocar la alarma. Si tal cosa sucede, en menos de diez segundos habrá aquí algunos empleados muy convincentes de Colby que lo pondrán a usted en la

calle sin tocar los pies en el suelo. ¿Aprieto el botón?

—¿De modo que tiene usted guardaespaldas?

Helen Bowman enrojeció.

—¡No diga majaderías! —exclamó—. Por tercera y última vez, señor Shanon: salga de aquí.

Jerry vaciló, pero comprendió que su insistencia sólo serviría para complicar las cosas. Se puso en pie.

—¿A qué hora termina su trabajo aquí, señorita Bowman?

—Eso no es cuenta suya.

—Sólo quería invitarla a una copa.

—Muy agradecida, pero no bebo casi nunca.

—¿Qué tal si la espero con un ramo de flores y una caja de bombones?

—Mi paciencia se está agotando, señor Shanon.

—Está bien. ¿Puedo decirle que su actitud me parece sospechosa?

—Me tiene sin cuidado lo que usted diga.

—¿Y si digo que usted es la mujer de mis sueños?

—Mi respuesta es: ¡despierte! Voy a contar hasta tres, señor Shanon: uno, dos...

—¿De verdad no quiere fumar la pipa de la paz conmigo?

—... Y tr...

—Ya me voy, ya me voy. Pero le dejaré mi tarjeta, por si en algún momento su cerebro tuviese algún destello inteligente y decidiese llamarme.

Jerry Shanon tiró una tarjeta sobre la mesa, dio media vuelta, y se dirigió a la puerta.

Abajo, en la planta, eligió una elegante y bonita corbata de veinticinco dólares, y fue hacia la caja.

—Veinticinco dólares, señor.

—Sí, lo sé. Cárguenlos en la cuenta de *miss* Bowman. Es un regalo personal de ella.

—Bueno, señor... ¿Le molestará a usted que consulte con *miss* Bowman?

—De ninguna manera, jovencita. Está usted en su derecho.

La empleada de Colby consultó con *miss* Bowman por teléfono. Jerry no sólo oyó la airada voz de *miss* Bowman, sino que el rostro de la dependienta le indicó cuál era el resultado de la consulta.

—Señor, *miss* Bowman dice... dice...

—Lo sé, lo sé. Parece que está verdaderamente enfadada. Bien..., ahí van veinticinco dólares de mi alma. Supongo que cierran ustedes a las cinco.

—Así es, señor.

—Muy agradecido. Mis saludos a *miss* Bowman.

* * *

Eran cerca de las seis de la tarde cuando Helen Bowman llegó a su apartamento, en el séptimo piso de un elegante edificio en la Calle Cincuenta y Uno. Cerró la puerta, colgó el abrigo de entretiempo, y se quedó muy meditabunda en el recibidor. Meditabunda y preocupada. Algo estaba funcionando mal. Y desde luego, ella no tenía la culpa.

Por fin, se dirigió hacia la sala de estar. Había tomado ya una decisión. Se sentó en un sillón, tras acercarlo a la mesita baja donde estaba el teléfono, y descolgó el auricular, mientras se quitaba los zapatos. Estaba realmente cansada. Marcó un número.

—¿...?

—Quisiera hablar con el señor Shanon. De parte de Helen Bowman, de Colby...

—...

—¡Ah...! ¿No está? Bueno, entiendo que ésta es su oficina. ¿Puede indicarme dónde localizar al señor Shanon?

—...

—Entiendo. Gracias... Volveré a llamar.

Colgó el auricular, se echó hacia el respaldo; y suspiró. Sí, muy cansada...

—¿Diga, señorita Bowman?

Helen dio un salto tal que la dejó en pie y ya vuelta hacia la puerta de la salita, donde había sonado la voz. En el umbral, Jerry Shanon alzó hacia ella su vaso de *whisky* con hielo, y dijo:

—Salud.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Helen—. ¿Cómo ha entrado? ¡Santo cielo, esto es increíble!

—He venido a tomar un trago con usted, en un lugar donde no creo que hayan botoncitos de alarma.

¿Cómo he entrado aquí? Pues muy sencillamente, utilizando una

ganzúa para abrir su puerta. Y en efecto, esto es increíble. ¿Le sirvo un trago?

—¿Qué hace usted aquí?

—¡Ah!, ésa es otra pregunta... Bueno, acaban de decirme en mi oficina que usted me ha llamado, he hecho así —chascó dos dedos—, y aquí me tiene. ¿Qué hago aquí?: pues, sinceramente, estaba metiendo mis feas narizotas por todas partes. Desde luego, tiene usted todo el derecho del mundo a llamar a la policía. A menos que prefiera que conversemos..., por ejemplo, sobre el motivo de su llamada a mi oficina. ¿Qué quería decirme?

—Creo que sí tomaré un trago, señor Shanon.

—Jerry: es más íntimo. Se lo sirvo en el acto. Voy a la cocina a por hielo.

Medio minuto más tarde, Jerry entregaba un vaso a Helen. Ésta bebió un sorbo de *whisky*, y se quedó mirando a Jerry, que, sentado frente a ella en el sofá, la miraba especulativamente.

—¿Ha encontrado algo interesante en mi apartamento?

—No —negó Jerry—. Bueno, he visto cosas simpáticas, como cositas de dos colores, prendas transparentes, un abrigo de pieles, fotografías de usted cuando era niña... Una niña preciosa, si me permite decirlo.

—Se lo permito —sonrió, Helen—. Muy amable.

—Si quiere que le sea sincero, me gusta usted mucho más, ahora.

—Gracias. ¿Ha encontrado, quizá, alguno de los diseños robados a Vanities?

—No conozco los diseños robados a Vanities, señorita Bowman, pero...

—Helen es más íntimo.

—Ciertamente —asintió Jerry—. ¿Lo ve, señ... Helen? Cuando dos personas inteligentes se ponen a conversar, aparece la luz... Como le decía, no conozco los diseños robados a Vanities, así que no podría identificarlos. Pero sé que no están aquí, por la sencilla razón de que no hay en todo el apartamento ni un solo dibujo de modas. Ni siquiera tiene usted un lugar apropiado para dibujar.

—Yo no dibujo, Jerry. Fui modelo, y luego, cuando me ofrecieron el empleo en Colby, acepté, antes de que fuese demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? ¿Qué quiere decir?

—Estaba engordando.

Jerry Shanon quedó estupefacto.

—¿Quiere decir que usted está... gorda?

—Para ser modelo, un poco. Y no me gusta hacer régimen y tonterías así. Además, francamente, estaba un poco cansada de esa clase de vida.

—Entiendo. Bueno, en primer lugar, voy a darle una alegría: usted no está gorda, hijita, sino más bien perfecta, apetitosa y convincente. ¿Quiere casarse conmigo?

—¿Ahora? —sonrió Helen.

—Bueno, ahora mismo no es posible. Estoy metido en un lío por culpa de un amigo, y si no lo resuelvo antes de cuarenta y tres horas, me veo en la cárcel por cuarenta y tres años. ¿Le importa que retrasemos la boda cuarenta y tres horas?

—No sé si podré esperar, la verdad —rió Helen.

—Vamos a intentarlo los dos. Veamos: usted no dibuja los modelos que vende Colby. ¿He entendido bien?

—Sí. Pienso que cada uno debe ocuparse de lo que mejor domine. Yo no soy capaz de idear modelos, así que no lo intento siquiera. Lo que sí hago es elegir para cada temporada entre los que me presentan, tanto los diseñadores de Colby, como los que vienen a hacer sus ofertas, particularmente. El año pasado y el anterior compré bastantes modelos a un hombre... prácticamente, teniendo en cuenta su calidad, las dos temporadas Colby se ha abastecido con los diseños de ese hombre. Este año...

—Espere un momento. Este año, los diseños que le ha presentado no le han gustado a usted.

—La verdad es que muy poco. ¿Cómo lo sabe?

—Los diseños que usted le ha estado comprando a ese hombre fueron creados por Angus Forrest.

—¡Oh! Claro, sí, comprendo su calidad, ahora.

—Los de este año, también los ha dibujado Angus Forrest, pero procurando con toda intención que resultasen unos adefesios... ¿Ha sido así?

—Prácticamente, sí, aunque hemos podido salvar algunos, modificándolos bastante.

—¿A quién le compró usted esos diseños?

—A un tal señor Lorimer.

—¿Sabe dónde vive?

—Creía saberlo —murmuró Helen—. ... El señor Lorimer me facilitó su número de teléfono, advirtiéndome que casi nunca estaba en casa, por lo que sería él quien me fuese llamando a horas convenidas para ir solucionando cualquier pequeño problema. Así pues, no lo he llamado nunca por teléfono..., hasta esta tarde, después de irse usted. Naturalmente, quería pedirle explicaciones.

—¿Y qué explicaciones le ha dado?

—En el número al que he llamado no vive ni ha vivido nunca ningún señor Lorimer.

—Ya.

—¿Cree que miento?

—Claro que no. Creo que usted, al despedirme de su despacho, estaba protegiendo el buen nombre de Colby, a lo cual está obligada. También, lógicamente, antes de sincerarse conmigo, quiso hablar con el señor Lorimer. Pero al saber que jamás ha existido en ese número ningún señor Lorimer, ha comprendido que yo podía tener razón, y ha decidido llamarme. Y me parecería idiota que usted hubiese decidido llamarme para contarme unas cuantas mentiras. ¿No tiene ningún medio para localizar al señor Lorimer?

—No, lo siento. Y esta temporada ya no tiene que llamarme él para nada, pues todo quedó entendido.

—¿Cómo es él? ¿Puede describirlo?

—Sí, claro... Es de mediana estatura, delgado, de unos cincuenta y cinco años. Viste muy bien. Está un poco calvo, así que se le ve la frente muy despejada... Lleva lentes y bigote. Es un hombre agradable, pero vulgar, una vez lo vi con una mujer, casualmente, a la salida de un teatro.

—¿Cómo era la mujer? —se interesó vivamente, Jerry—. ¿Pelirroja?

—No... No, no. Era rubia, seguro. No la pude ver bien, sólo un instante, de perfil... Rubia, sin duda alguna. Era más alta que él, elegante... Bueno...

—¿Sí? Diga lo que sea, por favor.

—Conozco bien la profesión, lógicamente. Me pareció que aquella mujer era modelo, por su modo de moverse, de caminar. Lo cual no me sorprendió en absoluto, considerando que el señor

Lorimer está en la profesión... Tenía los ojos claros.

—¿Quién?

—La mujer, la chica que iba con el señor Lorimer. En el momento en que yo la vi, volvía la cabeza, y por el destello de la luz en sus ojos, sé que eran claros.

—¿Me permite telefonear?

—Naturalmente.

Jerry miró la hora, vaciló un instante, y por fin decidió marcar el número del apartamento de Angus Forrest. Acertó: Forrest ya estaba en casa...

—¿...?

—Angus, piensa bien la respuesta a... ¿Qué?

—¿...?

—¡Hombre, vete al cuerno! Soy yo quien tiene que hacer preguntas. Atento: ¿cuántas varillas de paraguas con el pelo rubio y los ojos claros tenéis en Vanities?

—¿...?

—Una sola pregunta más, y lo envío todo al demonio. ¿Cuántas? Piénsalo bien, sin prisas.

—...

—Gracias, eso es todo. Adiós, tú.

Colgó, se bebió el *whisky* que quedaba en el vaso, y se quedó mirando a Helen Bowman, que preguntó:

—¿Era Angus Forrest?

—Sí. ¿Está usted muy cansada, Helen?

—Si es para ayudarle a resolver esto, no.

Jerry sacó del bolsillo el sobre que le entregara Angus Forrest, con los nombres y direcciones de todo el personal contratado en Vanities. Localizó el nombre que buscaba, y asintió. Claro que podía equivocarse, pero...

—Sólo se trata de ir a Brooklyn, ver a una persona, y decirme si la ha visto antes... y dónde.

—Se entiende, Jerry, que le estoy ayudando para demostrar que ni Colby ni yo, personalmente, tenemos nada que ver en esos robos de diseños.

—Naturalmente.

—Entonces, soy toda suya.

Jerry Shanon sonrió de oreja a oreja.

—Es una lástima que esté tan ocupado: aceptaría sus palabras al pie de la letra.

CAPÍTULO IV

Carol Ward abrió la puerta de su apartamento, y, en el acto, su ceño se frunció, mientras, evidentemente, se disponía a cerrarla de nuevo. Jerry lo impidió, colocando la palma de la mano derecha en la madera.

—Buenas noches, saco de huesos.

—¡Señor Shanon, usted ya me...!

Carol enmudeció por la sorpresa, al ver aparecer junto a Jerry a Helen Bowman. La sorpresa desapareció, en seguida, de su expresión, y apareció el reconocimiento, y, en el acto, la alarma.

—¿Es ella? —preguntó Jerry.

—Juraría que sí —asintió *miss* Bowman.

—¿Nos permite entrar? —empujó Jerry a Carol Ward, apoyando un dedote en su hombro—. Apuesto a que no quiere que sus vecinos se enteren de nuestra charla, chica lista.

Carol retrocedió. Entraron Helen y Jerry, y éste cerró la puerta. Tomó del brazo a Carol, y la llevó a la salita. La televisión estaba en marcha. Delante había un sillón, y junto a éste una mesita, en la que había una bandeja con restos de una cena preparada. Carol Ward estaba en pijama. Un bonito pijama floreado, de tremebundo escote... que no servía para nada, a juicio de Jerry Shanon.

Éste desapareció de la salita. Recorrió todo el pequeño y confortable apartamento en menos de medio minuto, y regresó a la salita. Las dos mujeres lo miraron, en silencio. Carol Ward se retorció implacablemente los dedos. Jerry apagó el televisor.

—¿Dónde está el tipo de los lentes, el calvo con cara de listo? —preguntó secamente.

—¡Aquí no hay...!

—Aquí ya sé que no está. ¿Dónde está?

—No sé de quién me habla usted.

Helen Bowman abrió la boca, pero Jerry le hizo un gesto con la mano. Se acercó más a Carol Ward, y del bolsillo interior de la chaqueta sacó un pequeño recipiente de cristal, que contenía un líquido transparente.

—Hace un rato, he visitado a *miss* Bowman en su apartamento —dijo fríamente—. Como *miss* Bowman ya me había demostrado que era bastante terca, llevé esto, para convencerla de que debía ser muy expresiva conmigo. ¿Sabe lo que es esto, Carol?

—No... No.

—Vitriolo.

—¡Oh! —gimió la muchacha, retrocediendo.

—Veo que comprende. Vitriolo: si se lo tiro a la cara, tendrán que meterla en una jaula del zoológico, no sé si con los monos o con las serpientes, depende de cómo queden sus facciones y su cuerpo. La señorita Bowman fue inteligente, así que no tuve necesidad ni siquiera de amenazarla con esto. ¿Usted es tonta?

—Usted... usted no hará eso...

—¿No? —sonrió Jerry—. Bueno, se admiten apuestas.

Se acercó a Carol, que lanzó un gritito y retrocedió precipitadamente, hasta que su espalda chocó con la librería adosada a la pared. Jerry llegó ante ella, destapó cuidadosamente el frasquito, y...

—¡No! —chilló Carol—. ¡No, no, no! ¡Se lo diré!

—¿Seguro?

—Sí... ¡Sí!

—Muy bien —Jerry tapó la botellita, y se la guardó—. Soy todo oídos: ¿quién es el sujeto, y dónde está?

—Es... es mi padre, y está... está en su apartamento...

—¿Descansando de su genial creación de diseños para modelitos de señora? —Gruñó Jerry—. Está bien, llámele y dígame que venga aquí inmediatamente.

—Pe... pero...

—Señorita Ward, yo no soy un sujeto rencoroso, de modo que no crea que todo esto es una venganza personal contra usted por el tortazo que me regaló. Me estuvo bien empleado, por bobo, por no fijarme bien. De lo que yo estoy hablando es de los robos de diseños que usted ha estado realizando en Vanities, seguramente con una

micro cámara, cuya película ya impresionada entregaba a su padre, para que él trabajase dibujando modelitos que luego iba a vender a Colby. ¿Me he equivocado en algo?

—No —musitó Carol Ward.

—Entonces, llame a su padre, al falso señor Lorimer. Y se lo advierto: si noto en su voz algún matiz que pueda poner sobre aviso a su padre, se va usted directa de aquí al zoológico. ¿Okay?

* * *

Joseph Ward cayó en la trampa como un pajarillo inocente. Llegó en menos de veinte minutos, y entró en el apartamento muy apresurado, con gesto, preocupado, mirando ansiosamente a su hija, que le había abierto la puerta.

—Carol, hija, ¿qué...?

No dijo nada más. Vio a Jerry Shanon y a Helen Bowman, y se quedó un instante con la boca abierta. Luego, suspiró, se pasó las manos por la cara, y acabó señalando hacia el interior del apartamento.

—Será mejor que nos sentemos cómodamente —dijo.

—A mí también me gusta la comodidad, señor Lorimer —dijo Jerry.

Joseph Ward encogió los hombros y sonrió. Miró a Helen Bowman.

—Lo siento por usted, *miss* Bowman. Pero no se preocupe demasiado: a fin de cuentas, todo esto es una pequeña tontería... Los de Vanities ni siquiera podrán demostrar nada.

—Es usted un cínico, señor Lorimer.

—Pues sí... Sí, es cierto. Bueno, ¿qué quiere? La vida es muy dura, y cada cual se defiende como puede. Hay quien se dedica a saquear, violar y matar. Mi hija y yo, simplemente, hemos estado robando unos dibujitos. Hay cosas peores.

Helen y Jerry cambiaron una mirada casi divertida. Jerry acabó por sonreír.

—Son ustedes un par de pícaros, señor Ward. A mí, los pícaros me caen bastante bien, en el fondo.

—Estoy seguro de que nos entenderemos —aseguró Ward.

Jerry se quedó mirándolo con los ojos entornados. ¿Entenderse? Señaló a su vez hacia el pasillo, y los cuatro fueron a la salita.

Joseph Ward se sentó en un sillón, se quitó los lentes, y comenzó a limpiarlos con un pulcrísimo pañuelo que retiró del bolsillo superior de la chaqueta.

—Naturalmente, usted no es policía —dijo.

—No.

Ward se puso los lentes.

—En ese caso, quizá se vería en apuros si yo llamase a la policía y dijese que usted ha venido aquí a abusar de mi hija...

—Llámela —Jerry le tendió el auricular del teléfono—. Pida por el capitán Harrison, de Homicidios.

Así, le explica usted a él directamente cómo y por qué mató a Jane Benton, y yo me ahorro trabajo.

Por un instante, nadie pareció comprender las palabras de Jerry Shanon. Luego, reaccionaron los tres a la vez: Helen, mirando con los ojos muy abiertos a Jerry; Carol, llevándose las manos a la boca como queriendo sofocar el grito; Joseph Ward, parpadeando y palideciendo intensamente, al mismo tiempo.

—¿Está loco? —jadeó—. ¿De qué habla usted? ¡Yo no he matado a nadie en mi vida! ¡Usted está loco!

Jerry se quedó mirando hoscamente a Ward. Por supuesto, él no estaba loco. Y lo comprobó al darse cuenta, de pronto, de qué creía las palabras del ladrón de dibujos.

—¿No estuvo usted esta mañana en Vanities? —murmuró.

—Claro que no. ¡Jamás he estado allí!

—¿Podría probarlo?

—¡Desde luego que sí!

—¿Puede probar que esta mañana, hacia las diez y media, estaba usted lejos de Vanities?

—Puedo presentar veinte testigos, por lo menos.

—Maldita sea mi estampa... Señorita Ward —se volvió hacia la aterrada Carol—: ¿nadie ha mencionado la ausencia de Jane Benton en Vanities durante el día de hoy?

—Claro que sí... Todos. Pensamos que se había marchado sin despedirse, pero luego... luego encontramos allí su bolso... Nos sorprendió que no apareciese en todo el día, pero no hicimos demasiado caso. Excepto Broderick, que estaba muy enfadado... El señor Mulberry, quiero decir.

¡Dios mío! ¿Dice usted que Jane ha muerto?

—Eso he dicho. Veamos: usted fotografiaba los diseños, y le entregaba las fotografías a su padre, el cual copiaba los dibujos, disfrazándolos, más o menos, y los vendía a Colby... ¿Quién más forma parte del grupo de ustedes?

—Nadie —dijo Joseph Ward—. Sólo nosotros dos.

—Señor Ward, si usted cree que esa mentira puede sostenerse mucho tiempo, es que es imbécil, además de ladrón.

—Le digo que nadie más —gruñó Ward.

—Está bien. Nosotros cuatro vamos a hacer un trato: nadie dirá nada de nada. ¿Entendido?

—¿Quiere decir que no va a denunciarnos? ¿No va a decírselo a los señores Mulberry y Forrest?

—Ese asunto de los dibujitos puede esperar. Quiero que sepa, señor Ward, que Angus Forrest y yo somos tan amigos que si le pido la luna irá a buscármela. Lo que le pediré, es mucho más fácil: que lleguen a un acuerdo con usted y su hija, y aquí no ha pasado nada. O casi nada, comparado con el asesinato de Jane Benton. ¿No tienen nada que decir al respecto?

—¿Qué podemos decir? —exclamó Carol—. ¡No sabemos nada!

—De acuerdo. Yo voy a dedicarme a investigar esa parte del asunto, y ustedes sigan haciendo vida normal, sin comentar esto absolutamente con nadie. ¡Ah!, quiero decirles que tengo otro buen amigo: el capitán Harrison, de Homicidios. Si ustedes no están a mi alcance en un momento en que pudiese necesitarlos, es decir, si se las dan de listos y deciden desaparecer, tengan en cuenta que se convertirán en las dos personas más buscadas por la policía. ¿Me explico?

—Sí, señor...

—Adiós. Vamos, Helen.

Dos minutos más tarde, Helen y Jerry estaban en el coche de éste.

—Por eso me preguntó si conocía a Jane Benton —musitó Helen —... ¿Creía usted que yo podía tener algo que ver con su muerte?

—Alguien la mató, ¿no es así? —replicó secamente Jerry.

—Yo ni siquiera sabía eso.

Jerry la miró, y consiguió una sonrisita conciliadora.

—No vamos a enfadarnos nosotros, ¿verdad? Por cierto, no quisiera que me considerase un ladrón, así que —metió la mano en

el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la botellita—, le devuelvo esto.

—¡El vitriolo! —Respingó Helen, retrocediendo hacia la portezuela.

—Qué vitriolo ni qué narices —farfulló Jerry—. ¿Por qué clase de bestia me ha tomado usted?

—Pero usted dijo... dijo...

—Señorita Bowman: éste es uno de los frascos de esmalte para las uñas que usted tenía en su tocador. ¿No lo reconoce?

—Bueno... Claro, ésta es mi marca preferida, pero todos los de esa marca son iguales, y pensé...

—¿Pensó que yo tenía una botellita llena de vitriolo? Pues no. Simplemente, tomé ésta de su tocador, por si usted seguía tan terca, gastarle la broma del vitriolo, eso es todo. Con usted no fue necesaria, pero ya ha visto qué buenos resultados ha dado con Carol Ward. Bueno, ¿quiere su esmalte para uñas o no? ¡A mí no me sirve para nada!

Helen tomó el recipiente, y sonrió de pronto.

—Es usted un hombre de recursos, Jerry.

—Me las voy arreglando. Ya sé que la he traído aquí en mi coche, y que debería devolverla a su casa, pero..., ¿le molestaría tomar un taxi?

—No.

—Gracias. Hasta la vista, Helen.

—Si llego a saber que usted es como es, le habría pagado la corbata.

—Cumplido por cumplido: usted es lo más diferente que se pueda imaginar a una varilla de paraguas. En cuanto a la corbata, no desespere: tengo intención de comprarme algunas más.

—Yo se las pagaría con mucho gusto.

—Vaya... ¿Y qué más haría usted por mí?

—Esperar cuarenta y dos horas para casarnos.

Jerry alzó las cejas. Sí señor, Helen Bowman tenía sentido del humor, era inteligente (lógico, pues sólo los inteligentes tienen sentido del humor, a juicio de Jerry Shanon), y por supuesto, dinámica y sincera.

—¿Soportará mejor la espera si nos damos un besito?

—Me parece que sí —asintió *miss* Bowman.

Jerry le pasó la mano por la nuca, y la atrajo hacia él. Cuando la besó en los labios, tuvo la impresión de que en su cabeza estallaba una traca de fuegos artificiales chinos; toda una obra de arte del artificio pirotécnico. Otra cosa que notó fue que, efectivamente, Helen Bowman tenía una complexión física en absoluto parecida a la de una varilla de paraguas... Y de pronto, cuando más a gusto estaba, experimentó tal dolor en la oreja derecha que se separó de un salto.

—¿Qué... qué...?

Helen todavía le tenía agarrada la oreja, cuando jadeó:

—Me... estabas asfixiando, salvaje...

—¡Lárgate! —Casi rugió Jerry—: ¡tengo cosas que hacer!

Helen tiró de sus orejas, obligándole ahora a acercarse. Le besó dulcísicamente en los labios, y luego se relamió; como una gatita, sonriendo maliciosamente.

—No eres demasiado listo, Jerry Shanon... Pero, en fin, si tú eres capaz de esperar cuarenta y dos horas, yo también. Espero noticias tuyas.

En un instante, Jerry se encontró solo en el coche. Sabía seguro que aquello no era un sueño porque estaba viendo las sensacionales piernas de Helen mientras ella se alejaba. Por fin, la perdió de vista, y entonces se quedó con la mente en blanco, sin saber tan siquiera quién era él.

Lo recordó de pronto. Del bolsillo, sacó el sobre que contenía las direcciones de los empleados de Vanities. Buscó en la lista.

—Benton... Benton... Benton... Benton, Jane... ¡Aquí está!

* * *

El procedimiento para entrar en el apartamento da Jane Benton fue ilegal, pero sencillo: la ganzúa.

En menos de dos horas, el detective privado Jerry Shanon había cometido dos allanamientos de morada.

¿Valdría la pena esta segunda vez? ¿Qué esperaba encontrar en el apartamento de Jane Benton?

«Ni siquiera yo mismo lo sé, pero vamos a echar un vistazo a fondo», pensaba.

Cerró la puerta, y se dedicó a registrar, con experta elegancia, el apartamento. Un apartamento diminuto, coquetón, incluso gracioso.

Había fotografías de Jane Benton posando con diferentes modelitos y diferentes peinados. Una de las fotografías la mostraba en primerísimo plano, sonriente, feliz, maliciosa. Había sido muy muy bonita. El único defecto que le encontró Jerry fue el de todas las modelos: demasiado delgada, para su gusto.

Registró la cocina, el dormitorio, el cuarto de baño, el saloncito, el dormitorio vacío... Todo. Ropas, revistas, docenas de pares de zapatos, libros, discos, perfume, maquillajes... Lo normal y corriente.

Por fin y cuando ya desesperaba de encontrar algo que, cuando menos, llamase su atención, encontró la libretita de tapas rojas y cantos dorados. Estaba en un pequeño buró esmaltado en azul, con florecitas rojas. Un adefesio llamativo y hasta decorativo, pero de escaso gusto.

Y en la libreta encontró algo que inmediatamente llamó su atención: solamente habían escritos tres nombres, con sus direcciones y números de teléfono. Los nombres eran: Nancy Parker, Dolly Craig y Margie Downs. Mujeres. Sólo mujeres.

De nuevo recurrió Jerry a la lista que le había facilitado Angus Forrest. En esta lista, constaban los nombres de Dolly Craig y Margie Downs, pero no el de Nancy Parker. Reflexionando, Jerry llegó a la conclusión de que, en todo caso, a Margie y Dolly podría encontrarlas al día siguiente en Vanities, si era necesario. Así pues; tras breve vacilación, fue al teléfono y marcó el número de Nancy Parker.

—¿Señorita Parker?

—Soy un amigo de Jane... Jane Benton. Estoy intentando localizarla, pero no lo consigo...

—¿...?

—¡Oh, bien...! Jane me dio este número de teléfono, en cierta ocasión, y he pensado que quizá estaría ahí, con usted.

—¿No? Vaya, es una contrariedad. De todos modos, me gustaría visitarla, señorita Parker. ¿Podría recibirme?

—Puedo estar ahí en veinte minutos... Y no la molestaría demasiado. Sólo se trata de darle un recado para Jane.

—Ya le digo que su teléfono no contesta, y no sé cómo localizarla. Por favor, señorita Parker.

—Gracias. Voy para ahí en seguida. Hasta ahora. Colgó el

auricular, y se quedó mirándolo. Ni siquiera diez segundos más tarde, el teléfono sonó. Por supuesto, era Nancy Parker llamando a Jane Benton. Y por supuesto también, no iba a obtener respuesta. En cambio, con aquella llamada, Jerry Shanon obtuvo respuesta a una pregunta que se había estado haciendo: ¿sabía Nancy Parker que Jane Benton había muerto? La respuesta era obvia: nadie llama por teléfono a los muertos.

Cuando salió del apartamento de Jane Benton, el teléfono había dejado de sonar.

CAPÍTULO V

El timbre de la puerta había sonado ya tantas veces que Jerry Shanon comenzó a impacientarse. ¿Por qué no abría Nancy Parker, si le estaba esperando?

De entre las muchas respuestas posibles, Jerry Shanon eligió la más razonable. Por lo que fuese, Nancy Parker se había alarmado debido a la ausencia de Jane Benton, y, en lugar de esperar al hombre que la había llamado a ella por teléfono, se había marchado. Y si se había marchado, debía haberlo hecho precipitadamente. Y cuando una persona se marcha precipitadamente, siempre se olvida algo...

Por tercera vez en aquel día, Jerry Shanon cometió allanamiento de morada. Entró en el apartamento de Nancy Parker, se guardó la ganzúa, y cerró la puerta. Luego, encendió la luz. Fue directo a la salita, encendió también esta luz, y miró alrededor. Un apartamento, eso era todo.

Se quedó junto al interruptor, rascándose la coronilla, perplejo. ¿Por qué aquella prisa en marcharse, después de haberle dicho que le esperaba? Y otra cosa: ¿se había marchado del apartamento, simplemente, o había hecho la maleta para un largo viaje?

—Vamos a verlo.

Fue al dormitorio, entró, y encendió la luz.

Pues no.

Nancy Parker no se había marchado de allí..., pero, sin duda alguna, había emprendido un largo, larguísimo viaje. Cuando menos, en espíritu. El cuerpo estaba allí, tendido sobre la alfombra, junto a la cama, encogido, caído de lado. Llevaba puesto un pijama y una bonita bata de color azul. Su mejilla izquierda se apoyaba en el suelo. La derecha se veía perfectamente. Y el ojo de aquel lado,

desorbitado. Sus labios estaban estirados en una mueca de dolor.

Jerry puso una rodilla en el suelo, y colocó dos dedos en la yugular de Nancy Parker, por pura rutina.

Estaba muerta, sin duda alguna. Pero no estrangulada. Cuando movió el cuerpo, vio los manchurroneos de sangre en el pecho. Como pequeños picotazos que habían metido la ropa en la carne.

—Con una pistola —murmuró Jerry—. ... No lo entiendo. ¿Qué es lo que está pasando?

Una idea se estaba instalando inexpugnablemente en su cerebro: aquello no tenía nada que ver con los robos de diseños a Angus. El robo de los diseños, aunque por supuesto habían ocasionado graves pérdidas económicas a Vanities, no pasaba de ser una granujada. Pero dos asesinatos son más que una granujada.

Se sentó en el suelo, ante el cadáver de la muchacha, y se dedicó a pensar. Estaba un poco asustado, y, en el fondo, deseaba llamar a Harrison y endosarle el asunto. ¿Por qué demonios tenía que seguir complicándose la vida? Ya había descubierto a la ladrona de diseños de Vanities, y eso era todo lo que Angus esperaba de él. Fin. Asunto terminado. Ahora, que la policía siguiese con el caso.

Del bolsillo sacó la libretita de tapas rojas con cantos dorados. Dolly Craig y Margie Downs vivían en la misma dirección, en el 512 de Farmers Road, en Queens. Seguramente, compartían el mismo apartamento.

Jerry salió del dormitorio, y miró el teléfono. No. Esta vez no iba a llamar. Aunque quizá sí debería llamar a Harrison... Y en ese caso, ¿quién era él, para qué servía, cómo podría seguir trabajando de detective privado si a la primera dificultad recurría a la policía?

Apretó los labios mientras movía negativamente la cabeza. Apagó la luz de la salita, luego la del recibidor, salió y cerró con el golpe del pestillo, sin preocuparse de más...

Y en cuanto estuvo en el pasillo se arrepintió de tomar decisiones de esta clase, tan personales, tan orgullosas. Allí, uno a cada lado de la puerta, había dos hombres, que tenían la mano derecha metida con gesto negligente en el bolsillo exterior de la respectiva chaqueta.

—¿Qué te parece? —dijo uno de los dos tipos, con tono de admiración—: El señor Shanon encuentra un cadáver y no dice nada a la policía. Al menos, yo no he oído girar el disco del teléfono... ¿Y

tú?

—Yo tampoco —dijo el otro—. O sea, que el señor Shanon es un tío pistonudo. Vamos, digo yo.

Jerry se pasó la lengua por los labios. En el pasillo no había nadie más, pero eso, en definitiva, redundaba en beneficio de los vecinos de Nancy Parker: cualquiera que se asomase se llevaría el susto de su vida. Aunque quizá no se asustase tanto como él.

—El señor Shanon no dice nada —reprochó, amablemente, el primero en hablar—. ¿Se le habrá comido la lengua el gato al señor Shanon?

—¿Y si fuese mudo de nacimiento? —sugirió el otro.

—No, hombre. Si fuese mudo de nacimiento no habría podido llamar, antes, por teléfono a Nancy.

¿Verdad, señor Shanon?

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró Jerry.

—Un par de amigos. Tenemos una invitación para usted.

—¡Ah!, estupendo... ¿Alguna boda?

—No. Un entierro.

Jerry chascó la lengua con desagrado.

—No tengo por costumbre asistir a entierros —rechazó.

—¿Ni siquiera al suyo propio?

Jerry palideció, mientras el otro sujeto decía:

—¡Caracoles, señor Shanon! ¡Es usted un tío muy original! Hasta ahora, jamás había conocido a nadie que faltase a su propio entierro.

—Escuchen...

—No: Escuche usted: vamos a bajar a la calle, despacito, muy tranquilos, como buenos amigos, y vamos a entrar en un coche que nos está esperando. ¿Lleva armas?

—No.

—Mejor: Eso le evitará tentaciones peligrosas. Usted ya entiende de estas cosas, ¿verdad, señor Shanon? Haga lo que le he dicho o lo matamos aquí mismo, sin más molestias, y sin posibilidad de llegar a algún posible arreglo. ¿Qué prefiere?

—Me gusta tratar con la gente.

—Entonces, vamos al coche.

—¿Y Nancy Parker...?

—No se preocupe por ella. Aunque usted nos ha hecho correr

mucho, todo está previsto. ¿Quién le dio la dirección de Nancy?

—Jane Benton.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde.

El hombre sonrió, se acercó a Jerry, y, de pronto, le lanzó un zurdazo tremendo en pleno estómago.

Jerry emitió un gemido ahogado, y se llevó ambas manos al lugar golpeado, inclinándose ligeramente hacia delante. Eso fue todo.

—¡Qué discreto es el señor Shanon! —dijo el que le había golpeado—. Acabo de hacerle una caricia que habría derribado a un toro mexicano, y, ni siquiera ha dicho ¡ay!

—Hombre, a lo mejor el señor Shanon es un fantasma, como Jane Benton. Y tengo entendido que a los fantasmas no se les puede hacer daño. Quiero decir, más daño.

—Lo que yo creo es que el señor Shanon está deseoso de colaborar en que todo se desarrolló discretamente, qué no hayan gritos, ni curiosos ni cosas de éstas. Así, al menos, llegará vivo al coche... ¿Verdad, señor Shanon?

—Sí.

—Pues camine. En el coche le haré la misma pregunta, y si obtengo la misma respuesta, seguiremos jugando al bueno y el malo. Usted primero, no faltaba más.

Una cosa que Jerry Shanon sabía con toda certeza es que nadie, absolutamente nadie, corre más que una bala, así pues, bajó a la calle sin intentar ninguna heroicidad. Entró en el coche que le señalaron, al asiento de atrás. Al volante había un tipo esperando, que lo miró con el ceño fruncido.

—¿De modo que es éste? ¡Pues es verdad, es muy guapo!

—Sí. Ve a lo tuyo, Morgan. Y ten cuidado.

—Tranquilo: soy un especialista.

El llamado Morgan salió del coche, fue a la parte de atrás, y sacó una gran maleta, que Jerry vio cuando el sujeto entró en el edificio. Para entonces, uno de sus amigos se había sentado en el asiento delantero, y el otro a su lado.

Fue éste quien preguntó:

—¿Quién le dio la dirección de Nancy?

—Nadie. Está escrita en una libreta que encontré en el

apartamento de Jane Benton.

—¡Ah..., ah, ah, sí...! ¿Puedo ver esa libreta?

—La tengo en el bolsillo de la chaqueta.

—Le comprendo. Y no se preocupe: estoy seguro de que no lleva ahí ninguna pistola. ¿La libreta, por favor?

Jerry metió la mano en el bolsillo. El hombre que estaba sentado delante de él estiró el brazo, y le puso la pistola casi tocándole la nariz. Jerry sacó la libreta, y la entregó al que tenía a su derecha.

Éste la tomó, se inclinó hacia un lado, y hojeó la libretita. Por fin, soltó un gruñido.

—Nadie hace bien las cosas. ¡Y no será porque no lo advirtamos! Bien, parece que ha dicho usted la verdad, señor Shanon. ¿Qué más cosas sabe?

—¿Sobre qué?

—Sobre la muerte de Jane Benton.

—Nada. Sólo sé que está muerta.

—¿Y cómo sabe eso?

—Angus Forrest la encontró en el almacén de Vanities, y me llamó para que se la quitase de en medio.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí.

—¿Quiere decir que enterró a Jane Benton, por ahí?

—Sí.

—¿Bien enterrada?

—Muy bien enterrada.

—Estupendo. ¡Caramba...! ¿Quién es ese que sale del edificio?

Jerry Shanon volvió la cabeza, para mirar por la ventanilla hacia el portal del edificio donde había vivido Nancy Parker. No vio a nadie. En cambio, sí vio un millón de lucecitas de colores, al mismo tiempo que notaba el trastazo en la cabeza, que resonó estruendosamente. Dio de cara contra el cristal, rebotó, fue empujado por el mismo hombre que le había golpeado, y se deslizó, sin conocimiento, entre el asiento de atrás y el respaldo del delantero.

* * *

La primera sensación que tuvo al abrir los ojos fue de intenso dolor. Los volvió a cerrar, y estuvo así quizá un par de minutos,

durante los cuales intentó juntar en uno solo, los pedazos de su cerebro, que parecían estar bailando dentro del cráneo. Conseguido esto, se dedicó a pensar.

Le dolía la cabeza.

Estaba en un coche en marcha.

Notaba una molesta presión en el pecho.

Era de noche.

Era imbécil.

Si, definitivamente, era imbécil. Aunque fuese por amistad, pero era un imbécil. ¿Por qué no había dejado que Harrison se encargase del asunto? De todos modos, en resumidas cuentas, no podía culparse demasiado por haberse adjudicado las pesquisas. ¿Cómo podía imaginar que la cosa iba a complicarse tanto?

La cabeza le dolía debido al golpe, naturalmente. La molestia que notaba en el pecho era debida a la presión de un pie, que pertenecía al hombre que le había golpeado, según comprobó cuando abrió los ojos, de nuevo. El tipo iba sentado en el asiento de atrás, sólo como un pachá, y lo estaba usando de almohadón. O de alfombra.

Por supuesto, delante debían ir los otros dos. No tenía ni idea de dónde estaban, pero sí sabía con toda certeza que habían abandonado Nueva York. Estaban viajando por una carretera...

—El señor Shanon ha abierto los ojitos —oyó.

—¿Será sonámbulo? —sugirió uno de los que iban en el asiento delantero.

—Ten cuidado con él, Gordon —oyó la voz del llamado Morgan—. Lo mejor sería que parase aquí mismo y que Ryder pasase atrás para ayudarte a vigilarlo. ¿Lo hago?

—No, hombre, no vale la pena. El señor Shanon se portará bien. ¿Verdad, señor Shanon?

Jerry no contestó. Y como Gordon no esperaba respuesta, no insistió. Claro qué se portaría bien... O eso, o recibir unas cuantas balas. La elección era fácil.

Estuvieron viajando todavía unos veinte minutos más. Para entonces, Jerry se sentía bastante mejor, pese a la presión en el pecho, y al dolor de cabeza, cada vez más soportable.

Por fin, el coche se detuvo.

—Fin de trayecto —oyó a Morgan.

Paró el motor, y todo quedó en silencio. Jerry comenzó a oír croar de ranas cuando se abrió la portezuela derecha de atrás. La silueta de Ryder apareció en el hueco.

—¿Tiene la bondad de salir, señor Shanon?

Gordon le quitó los pies de encima, y se deslizó hacia el extremo del asiento opuesto a la portezuela abierta. Jerry vio el brillo de la pistola en su mano, y el de sus ojos, en la penumbra del interior del coche. Se sentía como agarrotado, pero consiguió salir del coche, y comenzó a enderezarse por secciones, primero las piernas, luego el torso, el cuello... Cerca de él, Ryder le apuntaba con su pistola. Oyó el chasquido del cierre del maletero, y volvió la cabeza. Morgan sacó una maleta que parecía muy pesada, y la depositó en el suelo. Gordon salió del coche, y le empujó.

—Agarre esa maleta —ordenó.

—¿No será muy pesada para el señor Shanon? —sugirió Ryder.

—Qué va, hombre. El señor Shanon es un hombre muy fuerte. Además, después de este viajecito debe haber quedado entumecido, así que le irá bien hacer un poco de deporte.

—No sabía que llevar maletas fuese un deporte —se pasmó Ryder.

Jerry Shanon, ciertamente, no tenía muchas ganas de bromas. Estaba ya ante la maleta, que veía perfectamente. Había luna llena, y miles de estrellas, en un cielo completamente despejado; Se hallaban en un camino estrecho, flanqueado por altos árboles. A lo lejos se veía el intenso resplandor de la ciudad de Nueva York.

—Para no fatigarlo, yo llevaré la pala —dijo Morgan.

Lo miró de reojo. En efecto, Morgan había sacado una pala, que se había colocado al hombro como si fuese un fusil. No cabía duda de que aquellos tres buenos muchachos se estaban divirtiendo a costa de Jerry Shanon.

—Me parece que al señor Shanon no le gusta el deporte.

Notó en la espalda la presión de una pistola, y se apresuró a inclinarse para asir la maleta, cuyo peso, en verdad inesperadamente grande, le hizo perder el equilibrio un instante. No tardó ni un segundo en comprender lo que había dentro de aquella maleta: el cadáver de Nancy Parker.

En realidad, lo había comprendido ya todo. Le obligarían a llevar la maleta hacia el interior del bosquecillo, le obligarían a

cavar una fosa lo bastante grande para dos, y le meterían un par de balas en la nuca. Y de este modo, Jerry Shanon descansaría para siempre, en compañía de una varilla de paraguas, en un lugar que nadie conocería, y que pronto sería cubierto por la maleza, que no es tan bonita como las flores...

—Camíne hacia el interior del bosquecillo, señor Shanon. ¿Necesita ayuda?

El detective privado apretó los labios, alzó de nuevo la maleta, y comenzó a caminar. Al penetrar en el bosquecillo, la oscuridad lo rodeó a los pocos segundos, pues las copas de los árboles ocultaban la luz de la luna y las estrellas. Pero apareció un delgado haz de luz, que fue iluminando el terreno ante sus pies. Sólo se oía el crujir de la maleza. Jerry se detuvo un instante para cambiar la maleta de mano. Tenía que caminar torcido hacia un lado, para compensar el peso. Comenzó a notar un ligero sudor en la frente...

—Aquí está bien. Frene, señor Shanon. Se detuvo y dejó la maleta en el suelo. En efecto, le pusieron la pala en las manos, y la luz se dirigió hacia un punto del suelo.

—A trabajar —oyó la voz de Ryder—. Cabe una fosa amplia y bonita, señor Shanon: a fin de cuentas, es para usted.

—Y para la pobre Nancy —suspiró Gordon—. No se quejará de nosotros, señor Shanon: le vamos a instalar confortablemente con una lindísima muchacha. ¡Vamos, empiece ya!

—No te acerques tanto a él —advirtió Morgan—. Podría tener la genial idea de querer golpearte con la pala, y entonces tendríamos que matarlo inmediatamente. Lo cual significaría que tendríamos que cavar la fosa nosotros.

La maleza crujió detrás de Jerry, que comenzó a hincar la pala, allá donde hierba y tierra adquirían el tono amarillento del círculo de luz de la pequeña linterna. Dos minutos más tarde, Jerry Shanon estaba sudando copiosamente..., y pensando intensamente. ¿Qué podía hacer? Por el momento, lo único que se le ocurría era que cuanto más terminase en cavar la fosa, más tiempo viviría.

¿Podía utilizar la pala como arma? La respuesta era afirmativa, por supuesto. Podía volverse, golpear a alguno de los tres asesinos profesionales..., y acto seguido, morir acribillado a balazos.

¿No había otra solución?

La voz de Helen Bowman vino a su memoria: es usted un

hombre de recursos, Jerry.

Recursos. Soluciones. Soluciones, soluciones, soluciones...

Dejó de cavar, y se irguió, pasándose una manga por la sudorosa frente, mientras su mirada seguía el rayo de luz hasta su nacimiento, hasta la linterna, que estaba a unos tres metros, a su izquierda.

Soluciones...

Agarró de nuevo la pala con las dos manos, la echó un poco hacia su derecha, como si se dispusiera a seguir cavando, y, de pronto, la lanzó con todas sus fuerzas en dirección a la linterna, aprovechando el impulso para saltar hacia delante, tirándose de cabeza al suelo, rodando... Y mientras rodaba, oyó el golpe de la pala, la exclamación de dolor, y vio el haz de luz describiendo una enloquecida trayectoria hacia arriba...

¡Plop!

¡Plop! ¡Plop! ¡Plop...!

Las balas, disparadas con silenciador, chascaron en el suelo, cerca de él. Tan cerca, que una de ellas le arrancó el tacón de un zapato, haciendo saltar éste de su pie, y otra pasó a menos de un milímetro de su oreja derecha, ensordeciéndole un instante, produciéndole una sensación de calor.

Todo esto, en menos de un segundo, transcurrido el cual, la linterna estaba todavía describiendo amarillentos dibujos en el aire y Jerry Shanon, tras rodar, volvía a saltar hacia la oscuridad, perseguido por balas más desorientadas que las anteriores.

Se puso en pie de nuevo, y echó a correr, mientras oía tras él las horrendas maldiciones de los tres hombres. Cerca de él, una bala chascó en un árbol, arrancando cortezas que le golpearon en el rostro.

Volvió la cabeza. No vio luz alguna, ahora. Pero de pronto, reapareció el rayo amarillo, que pareció saltar hacia él.

—¡Por allá va!

Jerry Shanon cambió de dirección..., se dio de cara contra el tronco de un árbol, y cayó sentado, notando un horrible dolor en la nariz. Pero estuvo en pie en menos de un segundo, y continuó corriendo, perseguido por la luz. Tras él oía jadeos, maldiciones, maleza pisoteada. El sudor corría en auténticos chorros por el rostro y cuerpo de Jerry Shanon.

¡Crack!, crujió una bala por encima de su cabeza.

Desencajado el rostro, aumentó todavía más la velocidad de su marcha, a riesgo de partirse la cabeza contra el tronco de un árbol, pues delante de él no veía nada. Nada. Tropezando continuamente, cayendo en ocasiones, Jerry Shanon estaba viviendo los más angustiosos momentos de su vida.

Y lo que más temía, sucedió: volvió a chocar contra el tronco de un árbol, con el pecho y la frente, con tal fuerza que rebotó hasta dos metros más allá, y cayó de espaldas. Se quedó inmóvil, con los ojos fijos en la oscuridad por encima de él. Había algunos claros entre las copas de los árboles, y hasta vio una estrella... ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no se levantaba y seguía corriendo? Se sentía como paralizado, incapaz de reaccionar.

—¡Estamos llegando al río! —Oyó—. ¡De prisa, o...!

No quiso oír nada más, porque de nuevo veía la luz de la linterna. Se puso en pie, se tambaleó un instante, y reemprendió la angustiosa fuga, perseguido ahora de cerca por aquella maldita luz.

Y de pronto, apareció el río.

Si no hubiese oído a uno de sus perseguidores mencionándolo, no habría sabido qué era aquella mancha oscura y arrugada que reflejaba millones de puntitos de luz, con tanta rapidez. Pero, sabía que estaban llegando al río..., y él seguía corriendo hacia aquella masa oscura que se deslizaba en un silencio aterrador...

¡Crack!, crujió otra bala por encima de él.

—¡Por allí va!

El rayo de luz pasó por encima de su cabeza, bajó, lo iluminó un instante de pasada, y regresó inmediatamente hacia él, implacable.

Jerry Shanon desvió una vez más la dirección de su marcha, mientras otra bala chascaba por encima de él... Perdió pie, giró sobre sí mismo, alzó los brazos...

—¡Le he dado! —Oyó—. ¡Le he acertado!

Luego, las frías aguas se cerraron sobre el detective privado Jerry Shanon.

Pocos segundos más tarde, Morgan, Ryder y Gordon llegaban al lugar de la orilla donde habían visto la silueta de Shanon por última vez. La luz describió un veloz giro de búsqueda. Búsqueda vana.

—Aquí no está —jadeó Morgan.

—Ha caído al río —jadeó también Gordon—. ¡Pero estoy seguro

de que le he acertado!

—Bueno, pues asunto terminado... Cualquiera día oiremos hablar de un cadáver hallado flotando en el Hudson River.

—O quizá llegue al mar.

—Sea como sea,

R. I. P.

por el guapo señor Shanon.

CAPÍTULO VI

El coche policial se detuvo a la derecha de la carretera, un poco más arriba de la localidad de Nyack.

Un hombre se apeó y cruzó la carretera, hacia el coche detenido en el arcén del otro lado, con las luces de posición encendidas. Junto a este coche había un hombre, que acudió al encuentro del primero.

—¿Capitán Harrison? —preguntó.

—Sí. ¿Usted es el señor Webster, el que me ha llamado por teléfono?

—Sí, señor. El señor Shanon está dentro del coche, envuelto en mi manta de viaje. Como ya le dije por teléfono, lo vi aparecer de pronto en la carretera, dando traspiés, chorreando agua...

Naturalmente, me detuve a auxiliarlo. Lo hubiese llevado hasta Nyack, pero él se negó. Dijo que buscara un teléfono y le llamara a usted al Departamento de Policía de Nueva York, y que le dijese...

—Está bien, señor Webster.

—No sé si he hecho bien, pero él insistió tanto que...

—No se preocupe, lo ha hecho usted bien. Dentro de unos minutos podrá usted seguir su viaje.

Vamos a ver al señor Shanon.

El capitán Harrison entró en la parte de atrás del coche, sentándose junto a aquel extraño bulto.

Encendió la luz del interior del vehículo, y se quedó mirando entre preocupado y sarcástico a Jerry, que a su vez, envuelto completamente en una manta, con los cabellos desordenados y pegados a la cabeza, lo miraba con hosca expresión.

—Estoy bien —gruñó, sin dar tiempo a Harrison a abrir la boca—. Estoy perfectamente bien.

—Pues me alegro mucho —sonrió ceñudamente Harrison—. ¿Qué ha pasado?

—Hablaemos en su coche, Harrison, camino de Nueva York.

—Como quiera. ¿Seguro que está bien?

—Sí. Lo que más siento es que se ha estropeado mi corbata.

—¿Qué dice? —Se pasmó el policía.

—Mi corbata. La compré esta tarde; me costó veinticinco dólares.

Wayne Harrison miraba incrédulamente a Jerry Shanon. Por fin, tras rascarse la áspera pelambrera grisácea, lanzó un bufido, y salió del coche.

El señor Webster aceptó prescindir de su manta, que el propio Jerry se encargaría de enviarle a su domicilio cualquier día, con sus más expresivas gracias. El señor Webster prosiguió su viaje, y Jerry pasó al coche policial, siempre envuelto en la manta, pese a lo cual, de cuando en cuando sufría un violento tiritón. El policía que conducía el coche miró a Harrison, y dijo:

—Quizá sería mejor que lo viese un médico aquí mismo, en Nyack, capitán.

—¡Usted se calla! —farfulló Jerry.

El policía lo miró, y volvió a mirar a Harrison, que le hizo una seña hacia el volante. Harrison se sentó junto a Jerry. El coche dio la vuelta, regresando hacia Nueva York.

—Bueno, bueno, bueno —canturreó Harrison—. ¿De modo que tomando un bañito, eh, Shanon?

—No estoy para bromas.

—Me pareció que sí, teniendo en cuenta lo de su corbata. Pero está bien, hablemos en serio: ¿qué ha pasado? Naturalmente, desde el principio. Es decir, desde que me llamó esta mañana por teléfono para decirme que iba a dejarme un cadáver en la Morgue y que necesitaba un margen de confianza.

—En realidad, tenía que haber ocultado ese cadáver.

—Era una chica muy bonita —susurró Harrison—, pero estaba horrible; estrangulada tan brutalmente. Mire, Shanon, usted es un buen muchacho, y por complacerle hasta cierto punto, es posible que me haya metido en un buen lío. Un cadáver no puede...

—Yo también estoy metido en un lío por amistad, Harrison.

—¿Sí? Bueno, ya veremos.

—¿Envió algunos hombres al apartamento de Dolly Craig y Margie Downs? ¿O el señor Webster no le dio ese recado?

—El señor Webster me dio el recado, y he enviado algunos hombres al apartamento de esas dos mujeres —se armó de paciencia Harrison—. En cuanto sepan algo, me llamarán al coche. Y ahora...

—Hay otro cadáver de chica, también muy bonita.

—¿Qué? —Respingó Harrison.

—Ésta se llamaba Nancy Parker. Y si sus hombres no llegan a tiempo, tendremos dos cadáveres más, pues los nombres de esas chicas también estaban en la libreta de Jane Benton.

—Escuche, Shanon, son las once y media de la noche. Cuando recibí la llamada del señor Webster eran apenas las once. Estaba cansado, reventado más bien, y me disponía a ir a descansar, después de todo un día de duro trabajo al que usted añadió su pequeño suplemento de un cadáver llevado a la Morgue como si fuese... una caja de bombones. Me he pasado el día intentando localizarle, pero está claro que usted ha querido hacerlo todo solito, y que se consideraba cumplido con decirme por teléfono que me enviaba un cadáver a la Morgue. Ahora, lo encuentro hecho trizas, a punto de pillar una, pulmonía, con la nariz hinchada, pálido, y se pone a hablarme de más cadáveres, como si tal cosa. Dígame la verdad: ¿he sido buen amigo, buen muchacho, amable y tolerante, en atención a su reconocido prestigio y solvencia profesional dentro de la investigación privada? Diga: ¿me he portado amistosamente con usted?

—Hombre, sí —admitió Jerry.

—Bueno... —El rostro de Harrison se congestionó, de pronto—. En ese caso: ¿quiere decirme de una cochina vez todo lo que está pasando?

Tras un respingo, Jerry procedió a la explicación. Pero estaba solamente a la mitad, cuando sonó la llamada en el radioteléfono del coche. El conductor redujo la velocidad, y atendió la llamada.

—Coche del capitán Harrison.

—¿...?

—Sí, está aquí... ¿Qué? Sí, sí, entiendo... Un momento —bajó el auricular, y volvió un instante la cabeza—. Es el sargento Kessman, señor. Están en el edificio donde se halla ese apartamento al que los

envió. Nadie contesta en el apartamento. ¿Qué hacen?

—Que entren —dijo Jerry.

Harrison vaciló un instante.

—Sí, que entren —autorizó—. Yo arreglaré luego lo del permiso.

El conductor pasó las instrucciones de Harrison, y colgó. Jerry prosiguió la explicación, pero todavía no la había terminado cuando el radioteléfono volvió a sonar. De nuevo atendió la llamada el conductor. Otra vez era el sargento Kessman: había entrado en el apartamento, donde no había nadie; todo estaba en orden. ¿Qué hacían? Jerry hizo una nueva sugerencia, que fue también aceptada por Harrison: que se quedasen en el apartamento, esperando a las dos mujeres, o nuevas instrucciones.

Por fin, Jerry terminó la explicación de todo lo ocurrido. Estaban ya muy cerca de Nueva York.

Harrison permaneció pensativo medio minuto, y por fin musitó:

—En principio, opino que usted y su amigo son unos insensatos, Shanon. Y yo un estúpido, por no haberle exigido que se presentase a mí en cuanto me habló del cadáver de Jane Benton esta mañana.

¿Se da cuenta del lío en que nos ha metido a todos?

—Sí.

—Se han cargado ya a dos chicas, a dos modelos... y, según usted, es posible que pretendan hacer lo mismo con otras dos...

—O que ya lo hayan hecho —murmuró Jerry—. Sus nombres estaban en la libreta de Jane Benton, ya se lo he dicho. Si mataron a Nancy Parker, querrán matar también a Margie Downs y Dolly Craig.

Los tres tipos que querían liquidarme a mí no saben si yo hablé de ellas a alguien, así que querrán silenciarlas como hicieron con Nancy Parker, por si acaso.

—¿Y qué cree que podrían decir esas chicas?

—Ni idea. Pero desde luego, todo esto no tiene nada que ver con el robo de los diseños de Angus.

—A propósito de su amigo Angus: ¿usted confía plenamente en él?

—¿En Angus? Como en mí mismo.

—A veces...

—No —cortó secamente Jerry—. He dicho que como en mí mismo, y eso es todo, Harrison.

—De acuerdo. Vamos a analizar un detalle que me tiene intrigado, usted llamó a Nancy Parker desde el apartamento de Jane Benton. Nancy Parker contestó, habló usted con ella, que aceptó su visita.

¿Quién sabía que usted iría a visitar a Nancy Parker?

—Sólo la propia Nancy Parker y yo.

—Sin embargo, aparecieron esos tres sujetos, Morgan, Ryder y Gordon. ¿Quién los avisó?

—Si es qué alguien los avisó, sólo pudo hacerlo Nancy Parker.

—¿Por qué? Evidentemente, ella no esperaba que ellos la matasen, los consideraba amigos. Por eso los llamó, los avisó de que usted iba a ir a verla. ¿Por qué? ¿Y por qué ellos decidieron matarlo?

—¿Cómo demonios puedo saber eso? —Gruñó Jerry.

—Quizá yo consiga saberlo. Vamos a ir al Departamento, y allá buscaremos en los ficheros a esos tres sujetos. Si tenemos suerte, alguno de ellos estará fichado, y si lo cazamos, cazaremos a los otros dos. Pero mientras tanto, convendría que usted no apareciese por su apartamento, Shanon.

—¡Oh, no hay cuidado! Por lo último que oí, ellos están convencidos de que me mataron, así que habrán enterrado a Nancy Parker en cualquier sitio, y estarán tan tranquilos.

—No está de más tomar precauciones —insistió Harrison.

—Pero bien tengo que procurarme ropa, y... ¡Oh, bueno!, no iré a mi apartamento, de acuerdo. Sé dónde puedo conseguir ropas de mi talla.

—¿Con su amigo Angus?

—No. Angus es un poco más bajo que yo, y más delgado. Además, no quiero contarle lo que ha sucedido, pues se pondría demasiado nervioso. Vamos a dejar a Angus con su trabajo, y hagamos nosotros el nuestro.

—Es usted un tipo formidable —sonrió Harrison—. Acaba de salvar el pellejo por puro milagro, y parece que quiere volver a las andadas. Y además, ni siquiera parece pensar en que debería venir conmigo, al Departamento, para hacer una declaración y firmarla. Lo mismo que tendrá que hacer su amigo Angus, naturalmente.

—Pero eso puede esperar a mañana, ¿no? Estoy destrozado, Harrison. ¡No puede impedirme retirarme a descansar!

—Está bien. Pero los quiero a usted y a Forrest en mi despacho mañana a las nueve. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y a ver si, para entonces, han aparecido esas dos chicas.

—¡Ojalá! Bien: ¿dónde quiere que le deje?

A las doce y cinco minutos de la noche, Jerry Shanon estaba pulsando el timbre de la puerta de un apartamento en un edificio de lujo. Como no habían visto a nadie por allí, Harrison sugirió que podía conservar la manta protegiéndole, y Jerry había aceptado. Así que no fue extraño que cuando la puerta de aquel apartamento se abrió una pulgada y apareció un ojo por la ranura, dentro se oyese una exclamación de sobresalto.

Jerry empujó la puerta sin contemplaciones, y entró en el apartamento. Plantado delante de él, ataviado con un pijama de locura, Hilary Stamp le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó.

Jerry Shanon sonrió de oreja a oreja.

—¡Pero mira que eres mamarracho! —acabó riendo—. Yo creo que te estás pasando, Hilary.

—¡Ay, no! ¡Uno tiene que estar guardándose siempre!

—Pues ahora sí que deberás guardarte, ¡pero de un tortazo! ¡Imbécil!

—¡Qué horror! —Hilary Stamp se llevó las manos a la cabeza—. ¡Qué horror! ¿Por qué me amenaza este hombre? ¡Malo! ¡Más que malo! ¡Fantasma!

—Aquí no hay más fantasma que tú —masculló Jerry, tirando la manta a un lado; y al ver la expresión de Stamp añadió rápidamente —: Me caí dentro de un vaso de agua, eso es todo. Y si mi nariz está hinchada es porque me golpeé en el fondo. ¿De acuerdo? Ahora, permíteme darme un baño caliente.

—¿Aquí? ¿En mi bañera?

—Toma, claro.

—Ay... ¡Aaaayyy, ay, aaayyy...!

—No es hora de ponerse a cantar, me parece a mí. Bueno, aparta de mi camino, bicho raro. Sácame un traje de los tuyos, camisa, zapatos... Todo lo que necesita un hombre para poder salir decentemente a la calle. Supongo —frunció el ceño— que tienes algún traje apropiado para las ocasiones en que tienes que dar el

pego a alguien.

—Sí, sí...

—Pues venga, mueve el esqueleto hacia el armario. Y una cosa, Hilary... Cabe la posibilidad de que un tal capitán Harrison me llame por teléfono. Si tal cosa sucede, tienes que decir que estoy en la cama, durmiendo como muerto, desfallecido, derrengado, o lo que se te ocurra. De ninguna manera le dirás que te he pedido un traje, o más adelante, que me he marchado, que no estoy en tu apartamento. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí... ¿Se va a marchar?

—Así es. Búscame esa ropa, por favor.

Jerry Shanon se fue directo al cuarto de baño, se desnudó, tirando la ropa a un rincón, mientras la bañera se iba llenando de agua caliente, y diez minutos más tarde se sumergía en ésta, con un suspiro de alivio. Estuvo tres o cuatro minutos inmóvil, reponiéndose, cerrados los ojos. De pronto, los abrió.

—¡Hilary! —llamó.

A los pocos segundos, por un lado de la puerta apareció un brazo de Stamp, que Jerry contempló con curiosidad. Con los nudillos, Stamp golpeó en la abierta puerta.

—¿Se puede? —Llegó su voz.

—Se puede..., ¿qué? —preguntó Jerry.

—¡Ay, pues entrar...!

El detective privado alzó los ojos hacia el techo, en gesto de resignación.

—Sí, Hilary, se puede. Anda, pasa, pasa.

Stamp apareció, tímidamente, y se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Jerry.

—Ya... ya tiene preparada la ropa...

—Muchas gracias, majo. Acerca ese taburete y siéntate a mi lado. Tenemos que hablar. Eso es...

Sobre todo, no te pongas nervioso, o te atizo un tortazo. ¿Okay?

—Sí, sí, okay...

—Bueno. Vamos a ver, Hilary, tú que eres... así, un poco especial... vamos, seguramente andas siempre metiendo tus naricitas en los asuntos de las mujeres, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Ay, qué asco, claro que no!

—Oye —frunció el ceño Jerry—, que te estoy hablando en serio.

Quiero decir que sin duda deben gustarte mucho los chismorreos de mujeres. Por lo tanto, siempre debes tener tus orejitas listas para escuchar todo lo que hablan las modelos entre sí. ¿Cierto?

—Bueno... A veces oigo cosas, sí... ¡Si yo le contara!

—Pues de eso se trata, querido, de que me cuentes cosas. Pero no de todas. Me interesan en especial dos de ellas. Por supuesto, trabajan en Vanities, así que las tienes que conocer muy bien. Me estoy refiriendo a Margie Dows y Dolly Craig.

—¡Oh, sí...! ¡Vaya si las conozco! ¡Naturalmente!

—Bien. Yo quiero encontrarlas cuanto antes, pero resulta que no están en su apartamento. Ahora, supongamos que estén en Nueva York todavía, y que estén por ahí divirtiéndose... ¿Dónde intentarías localizarlas tú?

—Polígamo —exclamó Stamp—. ¡Polígamo, más que polígamo! ¡Qué varón tan terrible, dos chicas a la vez...!

—Hilary, no me hagas perder la paciencia. ¿Dónde buscarías a esas dos chicas?

—Ay, no sé... Es que no siempre van al mismo sitio, claro. ¿Dónde pueden estar a estas horas?

Vamos a ver... Sí, van juntas muchas veces, porque viven en el mismo apartamento, y tienen aficiones parecidas. ¡Si yo le contara...! Oh, sí, comprendo... Veamos... Son las doce y pico...

Podrían estar en El Gatopardo. Sí, en El Gatopardo hay un camarero italiano que tiene loca a Margie... El otro día le oí decir que una noche en que...

—Hilary...

—Oh, sí. Bueno, también podrían estar en el Coral Reef. O en la Blue Discotheque, porque es propiedad de un francés que le pone buena cara a Dolly... Es un hombre odioso: ¡le gustan las mujeres más que nada!

—Todo un degenerado —admitió, pacientemente, Jerry—. ¿Dónde más podría encontrarlas?

—Vamos a ver... El Gatopardo, el Coral Reef, la Blue Discotheque... Ah, sí, también podrían estar en el Happy Bar. O en el Casino Club... No se me ocurre ninguno más.

—Piensa, Hilary, ¡piensa!

—¡Ay, chico, que no! ¡Si no están en ninguno de esos sitios, no sé dónde pueden estar! Bueno, en alguna cama, eso sí. Son muy

dormilonas... ¡Ji, ji, ji!

—Jo, jo, jo... Pues nada, hombre, muchas gracias. ¡Caray, perdona...! A veces se me escapa eso. Pero vamos a ver, Hilary: ¿qué tienes tú contra las mujeres?

—¡Son unos bichitos tontos y repugnantes!

Jerry Shanon quedó perplejo. Más aún, estupefacto.

—¿De veras? —meditó por fin—. Vaya, no me había dado cuenta. Bueno, un poco tontitas si son, lo admito. ¡Pero repugnantes...!

—¡Repugnantes y malvadas! Sólo sirven para una cosa, y la están explotando siempre. Así que... ¡bien merecido tienen que los hombres las utilicen como... como objetos!

—Muchacho, estás desfasado —sentenció Jerry—. Pero ya discutiremos de eso en otro momento.

¡Se acabó el baño! Alcánzame esa toalla, por favor.

Jerry Shanon cerró el grifo, salió de la bañera, y le quitó la toalla de un manotazo.

—Que te lo digo yo, muchacho —insistió—: ¡estás como una cabra!

Diez minutos más tarde, correctamente vestido, resignado a soportar una chaqueta que le estaba estrecha en los hombros, Jerry Shanon volvía a la calle. Cinco minutos más tarde, entraba en una cabina telefónica y hacía una llamada.

Veinte minutos más tarde, casi a la una de la madrugada, un coche se detenía delante de la cabina telefónica. Y Jerry apareció de un portal, fue hacia él, y pasó a ocupar el asiento contiguo al del conductor.

CAPÍTULO VII

Apenas se había sentado, los brazos de Helen Bowman rodearon su cuello. Envuelto en ellos y en el discretísimo perfume femenino, Jerry Shanon recibió el beso en los labios. Un largo y profundo beso que anuló todos sus pensamientos. Sólo cuando el beso terminó estuvo en condiciones de filosofar.

Así es la vida: de los malos momentos se puede pasar a los buenos con sorprendente rapidez. Nunca hay que desesperar.

Helen no filosofó. Sólo suspiró:

—¿De modo que no has podido esperar tantas horas?

—¿Qué...?

—Supongo que me has hecho venir para que nos casemos inmediatamente.

—¡Ah, no! ¡No, no...!

—Me lo temía —volvió a suspirar ella—. Pero me ha pasado una cosa curiosa, Jerry. Cuando me has llamado por teléfono, te he dicho que sí, que estaba durmiendo... No era cierto. Estaba pensando en ti, sorprendida.

—¿Sorprendida? ¿De qué?

—De este amor fulminante. ¿A ti no te parece sorprendente?

Jerry Shanon frunció el ceño. Conocer a una morena que se ajustaba físicamente a su ideal de mujer era estupendo; que además, aquella morena fuese tan sincera y espontánea era toda una bicoca.

—Supongo que estás hablando en serio —farfulló.

—No acostumbro besar a un hombre, si no lo amo. Me parecería una estupidez. Por otra parte, sólo una mujer que está enamorada abandona su lecho a la una de la madrugada para acudir junto a un hombre qué todo lo que le dice es que pase a recogerlo con su coche a tal sitio. Jerry..., ¿qué te pasa en la nariz?

—¿Qué me pasa?

—Parece que está hinchada...

—¡Ah, sí! Soy un niño cochino que se mete los dedos en sus orificios. Helen: ¿sabes dónde está El Gatopardo?

—¿El club? Sí... Hace algún tiempo, cuando trabajaba de modelo, iba allí con cierta frecuencia. ¿Por qué?

—Vamos para allá, y por el camino te lo explicaré todo. ¿Conocías a una modelo llamada Nancy Parker?

—Sí. Ella está trabajando ahora en... ¿Conocía? ¿Qué quieres decir?

—La han matado. Y mucho me temo que hayan hecho lo mismo con otras dos chicas, llamadas Margie Downs y Dolly Craig. Verás: cuando nos despedimos fui al apartamento de Jane Benton, y...

Tan sólo diez minutos más tarde, el coche de Helen Bowman se detenía cerca de El Gatopardo.

Helen estaba aterrada.

—Pero..., ¿qué está pasando?

—No tengo ni la más remota idea. Pero si efectivamente, han matado también a Margie y Dolly, ya son cuatro. Cuatro modelos asesinadas, Helen... ¿A ti no se te ocurre nada?

—Santo Dios, ¡claro que no!

—Bien... Es una suerte que hayas trabajado en la profesión, y que sigas en ella, de un modo u otro.

¿Estás segura de que reconocerás a Margie Downs y Dolly Craig, si las ves?

—Estoy segura. Vamos, Jerry, soy una profesional, estoy al corriente del mundo de la moda, especialmente, como es lógico, del ambiente de Nueva York. En Colby compramos todas las revistas, se me envía como representante a desfiles, presentaciones, convenciones, reuniones locales... Me sorprendería mucho que hubiese en Nueva York una sola modelo que yo no conociera.

—A Carol Ward no la identificaste cuando la viste con su padre aquella noche, a la salida de un teatro.

—Sólo la vi un instante de perfil. Y, querido mío, una ropa diferente y un peinado distinto puede desconcertar, en esas condiciones, incluso a un profesional. Pero ya te dije que había percibido en ella el gesto de la modelo profesional.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya sabes lo que tienes que hacer:

entras ahí, te das una vuelta por el local, y si no ves a ninguna de esas dos chicas, sales. Sólo si encuentras a alguien que te merezca verdadera confianza puedes preguntar por Margie y Dolly. ¿De acuerdo?

—Okay —sonrió Helen.

Se apeó del coche, y segundos después entraba en El Gatopardo. Salió apenas cinco minutos más tarde, y ya sentada de nuevo ante el volante, movió negativamente la cabeza.

—Ni están, ni me ha parecido prudente preguntar a nadie por ellas.

—¿Has anotado las direcciones de los otros sitios? ¿Estaban en el listín?

—Sí.

El siguiente local a visitar más cercano era el Happy Bar, pero estaba cerrado ya. Luego, fueron al Casino Club, donde Helen encontró a una antigua amiga que todavía trabajaba de modelo.

—Pero no ha visto esta noche a Dolly y Margie —dijo de nuevo sentada junto a Jerry, que la esperaba en el coche—. Y me has puesto en una situación molesta, Jerry: Agnes me ha preguntado si estaba pensando en quitarle las chicas a la casa Vanities. Tal como están las cosas, si Angus Forrest se entera de que voy buscando a dos de sus modelos podría...

—Angus no sabe nada de esto. Si se lo hubiese dicho, no te habría molestado a ti, sino que me habría hecho acompañar por él para que buscase a sus empleadas.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Porque no quiero complicarle más la vida. ¿Adónde vamos ahora?

—Al Coral Reef. Está muy cerca de aquí. Pero ya es muy tarde, y...

—Tenemos que intentarlo, Helen. Si esas chicas todavía están vivas, hay que retirarlas de la circulación.

—Está bien.

Llegaron al Coral Reef en menos de cinco minutos. Como las veces anteriores, Helen Bowman entró en el local, y Jerry se quedó en el coche. Encendió un cigarrillo, y quedó pensativo. Seguramente estaba perdiendo el tiempo: aquellas dos pobres muchachas debían estar ya muertas, y enterradas en cualquier sitio, como Nancy

Parker. No tenía ni idea de dónde había estado cavando la fosa, pero además, quizá los tres asesinos hubiesen decidido después de matarlo a él ir a enterrarla en otro sitio, por si acaso. Aunque, ¿de qué servía esconder el cadáver, si él sabía que la habían matado? Por otra parte, si creían que estaba vivo, ellos...

Ellos.

Se atragantó con el humo del cigarrillo al verlos, y acto seguido, tosiendo, se deslizó por el asiento, para no ser visto desde el exterior. Los había visto perfectamente, no lo había soñado. Eran Morgan y Ryder, que acababan de apearse de un coche. Gordon no les acompañaba en esta ocasión.

Asustado y contento al mismo tiempo, Jerry permaneció agazapado unos segundos, antes de ir alzándose lentamente, para mirar a través del cristal. Palideció cuando vio a Morgan y Ryder entrando en el Coral Reef: si Helen estaba preguntando por Magie y Dolly, y ellos se enteraban...

Salió rápidamente del coche, y corrió hacia la entrada del club nocturno. El portero negro le miró sonriente, pero un tanto sorprendido por tanta prisa, y le abrió la puerta. Jerry entró, y se detuvo en el vestíbulo, separado del local por unos cortinajes. A la izquierda, la bonita empleada del guardarropa le miraba con sonrisa cansada. Por un instante, Jerry pensó en enviarla en busca de Helen, pero rechazó la idea. Se limitó a devolver la sonrisa a la muchacha, y se acercó a los cortinajes.

Los separó lo justo para poder echar un vistazo al local.

A quien primero vio fue precisamente a Gordon. Estaba sentado a una mesa, de cara al escenario y de perfil con respecto a la entrada. Junto a él había un hombre vestido de esmoquin, de unos cincuenta años, alto, grueso, calvo, de aspecto saludable y próspero. Los dos estaban mirando con expresión tensa a Morgan y Ryder, que se hallaban de pie delante de ambos. Sí, parecían alarmados.

De pronto, el hombre vestido de esmoquin y Gordon se pusieron en pie, y el primero sacó un fajo de billetes...

Jerry cambió de campo visual moviendo las cortinas. En el mostrador, conversando con el barman, vio a Helen. Ella estaba de espaldas, así que no podía ver de ninguna manera a Jerry, que empezó a hacer frenéticas señas. El barman le vio a los pocos segundos, y se quedó mirando sorprendido. Jerry insistió en sus

señas y el barman miró a Helen y la señaló, alzando las cejas. Jerry asintió. El barman ya no tuvo necesidad de avisar a Helen, porque ésta volvió la cabeza, y vio a Jerry realizando una furiosa pantomima de llamada.

Helen no vaciló ni un segundo. Dejó un billete sobre el mostrador, y caminó hacia las cortinas. Jerry miró hacia Gordon y los demás. El tipo del esmoquin estaba dejando unos billetes sobre la mesa.

Helen llegó en aquel momento.

—¿Qué...?

Jerry la asió del brazo, y la sacó de allí poco menos que en volandas, ante la expectante mirada de la chica del guardarropa. El portero negro también les dirigió una mirada de curiosidad levísima. Allá cada cual con sus asuntos.

—¡Mi madre! —jadeó Jerry, cuando estuvieron en el coche—. ¡Adivina a quién he visto!

—¿A quién?

—A los tres tipos que quisieron matarme. ¡Están ahí dentro, con un sujeto rechoncho y calvo, vestido de esmoquin! ¡Y estoy seguro de que van a salir en seguida! Algo les ha alarmado... ¿Qué haces?

Helen se detuvo en su gesto de dar el encendido. Estaba pálida.

—¿Qué hago? ¡Pues poner el coche en marcha para desaparecer de aquí, naturalmente!

—¡Claro que no! De ninguna manera pienso perder de vista a mis «queridos amigos». Pero, no... Lo vamos a hacer mejor. A ti no te conocen, Helen. Los vas a seguir con el coche, con mucho cuidado.

Si te parece que ellos se dan cuenta, desiste inmediatamente. Pero si consigues saber adonde van, llámame por teléfono al Coral Reef. Espero que... ¡Ahí salen los cuatro!

Efectivamente. Los cuatro hombres habían salido, y estaban conversando en la acera, ante la entrada del club. Jerry comprendió que iban a separarse, pues de otro modo no tenía, objeto detenerse allí.

—Yo voy a intentar seguir al gordo —musitó—. ¿Lo has entendido bien, Helen?

—Sí, sí... ¿Qué hago si no estás en el Coral Reef cuando te llame por teléfono?

—Insiste hasta que cierren el local. Si entonces aún no nos hemos comunicado, regresa a tu apartamento y espérame allí... ¡Ya se separan! Y los tres matones vienen hacia aquí, van al coche...

Se volvió hacia Helen, la abrazó, y la besó en la boca, sofocando el grito de sorpresa de ella, que reaccionó en el acto, comprendiendo lo que Jerry pretendía, y aceptando encantada. Mientras se besaban, Gordon, Morgan y Ryder pasaron muy cerca del coche. Sólo Morgan vio una pareja dentro, besándose, pero su indiferencia al respecto fue absoluta: ni siquiera los miró más de un segundo.

Todavía se estaban besando Jerry y Helen cuando el coche conducido por Morgan pasó cerca del que ocupaban ellos. Siempre besando a Helen, Jerry fue girando los ojos, siguiendo la trayectoria del otro vehículo. De pronto, separó sus labios de los de Helen.

—Ahí van... ¡Hasta luego!

Salió del coche, y se dirigió de nuevo hacia la entrada del Coral Reef, mientras el coche de Helen partía en pos del que conducía Morgan, desapareciendo enseguida. Jerry no entró en el club, sino que continuó calle arriba, rápidamente. Divisó al hombre gordo y calvo en el momento en que entraba en un coche.

—Maldita sea mi suerte... ¡Y no veo un taxi!

El coche del gordo calvo se despegó del bordillo, en fácil maniobra, y pasó al centro de la calzada.

Cuando lo hubo rebasado, Jerry volvió la cabeza, y con un vistazo, «fotografió» la matrícula. Era todo lo que podía hacer.

Luego, refunfuñando, se metió en el Coral Reef, con la esperanza de que Helen tuviese más fortuna que él, y consiguiese saber cuál era el punto de destino de Gordon, Morgan y Ryder.

* * *

Ryder cerró la maleta, se pasó la mano por la frente, y echó un último vistazo al dormitorio. Luego, para estar bien seguro de que no se dejaba nada importante, recorrió rápidamente el pequeño apartamento que se veía obligado a abandonar.

Convencido de que no quedaba allí nada comprometedor, regresó al dormitorio, agarró la maleta, y fue hacia la puerta, apagando todas las luces. Llegó al extremo del pasillo, abrió la puerta, dio medio paso hacia delante...

Sólo medio paso.

En el mismo instante en que veía ante él a Jerry Shanon, recibía en pleno estómago el más bestial puñetazo de su vida. Lanzó un bramido, soltó la maleta, se llevó las manos al estómago, y cuando caía hacia delante, un gancho escalofriante lo enderezó y lo tiró de espaldas dentro del apartamento, como un enorme muñeco de trapo.

Jerry empujó la maleta con un pie, entró, cerró la puerta, y se acercó a Ryder, que se había incorporado a medias y estaba sacudiendo la cabeza. Con toda parsimonia, el detective privado se inclinó, le quitó la pistola, y retrocedió un paso, apuntándole. Ryder terminó de sacudir la cabeza, sus ojos dejaron de bailar, y los fijó en Jerry, que sonreía siniestramente.

—¡Hola, amiguito! —saludó con refinada amabilidad—: Tengo una invitación para ti, cariño. Se trata de un entierro... ¿Te interesa?

Ryder estaba lívido. Se tocó la barbilla, miró la pistola, y de nuevo los oscuros ojos de Shanon.

—Parece que al señor Ryder se le ha comido la lengua el gato... Pero, no. No, porque si el señor Ryder fuese mudito, no se habría divertido tanto hace unas horas a costa del señor Shanon. ¿Verdad, señor Ryder?

—Tómeselo con calma —musitó Ryder—. Podemos llegar a un acuerdo.

—Seguro que sí —asintió Jerry, con infantil entusiasmo—. ¡Pero si eso es lo que estoy deseando, hombre! Te diré cómo han ido las cosas, y así nos entenderemos antes. He estado en el Coral Reef, donde os he visto a los tres con un sujeto calvo y gordo vestido de esmoquin, al que no he podido seguir. Pero una persona que estaba conmigo os ha seguido a los tres. Cuando te han dejado aquí para que recogieses tus cosas, esa persona amiga mía ha decidido dejar a los otros dos y avisarme de que aquí había uno solo de vosotros. Así que aquí me tienes, pimpollo. Y ahora, veamos: ¿dónde están Gordon y Morgan? ¿Quién es el tipo del esmoquin? ¿Qué habéis hecho con Dolly Craig y Margie Downs?

Ryder se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. Esta vez, Jerry sonrió de oreja a oreja, es decir, en plan simpático de verdad. Sin dejar de sonreír, se acercó a Ryder, y le propinó un puntapié

alucinante al estómago, derribándolo de nuevo, encogido como un gusano, desencajado el rostro, desorbitados los ojos.

—Vamos, Ryder, vamos... Yo también tengo mala uva cuando es necesario. No somos niños jugando al

yo-yo,

¿verdad? Somos hombres hechos y derechos, que estamos jugando con muñecas de carne y hueso. Quiero que conteste a mis preguntas, o lo voy a hacer pedazos. Le doy diez segundos para reponerse y empezar a hablar, o seguiremos con la sesión de brutalidades.

Ryder necesitó algo más de diez segundos para reponerse y volver a sentarse, pero Jerry toleró la diferencia, porque comprendió que el asesino se disponía a hablar.

En efecto.

—No sé quién es el tipo del esmoquin —jadeó—. Es Gordon quien lo conoce.

—Muy bien. ¿Dónde está Gordon? Y Morgan, claro.

—Han ido a recoger sus cosas también, para escapar... Hemos quedado en encontrarnos... dentro de unos días en... en Los Ángeles.

—¿Quieres decir que no pensáis ir juntos allá? Vamos...

—Tengo..., tengo mi coche abajo... Ellos ya deben estar saliendo de la ciudad...

—Los encontraremos, ¿verdad? Dime: ¿qué ha sido de Margie y Dolly? ¡Contesta!

—Están muertas... ¡Están muertas! Morgan y yo nos encargamos de ellas...

—¿Dónde habéis ocultado sus cadáveres? —inquirió Jerry, lívido.

—En el Reservoir Lake, en Central Park. Las... las citamos allí, y las... las matamos y las tiramos al lago, lastradas con unas barras de hierro que... que nos habíamos procurado para ello. Había que matarlas y escapar... ¡Y lo hicimos!

Jerry se pasó la mano izquierda por la cara, que notó fría, y tan dolorida al deslizarse por la nariz y la frente, que respingó, retirándola vivamente.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué todo esto? Por el amor de Dios, Ryder, estáis... estáis manejando a esas pobres chicas como...

como si fuesen muñecas para jugar... ¿Por qué?

—Tengo... tengo náuseas, siento... siento que voy a... a vomitar...

—No me sorprende. Vamos al cuarto de baño, y podrás vomitar todo lo que quieras. ¡Vamos, ponte en pie, canalla!

Ryder se puso en pie. Quedó con las piernas dobladas, con las rodillas hacia dentro, tambaleándose.

Jerry se acercó, y le sujetó con la mano izquierda por el brazo derecho.

—Te ayud...

En principio, como algo que no tenía la menor importancia, captó el movimiento del brazo izquierdo de Ryder, agitado como si fuese un látigo. Pero no vio caer la navaja en la crispada mano. Lo que sí oyó fue el chasquido de la hoja al salir del mango, y vio el brillo del acero cuando ya se dirigía hacia su cuerpo mientras Ryder giraba hacia él.

El instinto de conservación actuó automáticamente en Jerry Shanon: soltó el brazo de Ryder, alzó el suyo, y mientras la navaja se clavaba en su antebrazo, apretó el gatillo de la pistola.

¡Plop!

La bala acertó a Ryder en pleno corazón, empujándolo con fuerza, tirándolo de espaldas, muerto instantáneamente. Jerry quedó en pie, lívido como un cadáver, mirando con expresión desorbitada la navaja que había quedado clavada en su brazo. Al instante siguiente se encontró sentado en el suelo, como sumergido en un baño frío, la cabeza dándole vueltas, con un atroz silbido agudo en los oídos, y un extraño gusto amargo y frío en la boca.

Dejó la pistola en el suelo, se puso en pie, y caminó hacia el interior del apartamento. En el cuarto de baño encontró el pequeño botiquín, en el que había esparadrapo, alcohol y algunas gasas, entre otras cosas. De un tirón, se arrancó la navaja... Acto seguido, notó un golpe en la espalda, y todo se oscureció. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró tendido dentro de la bañera...

No tenía ni idea del tiempo que había pasado, pero seguramente, muy poco. Menos de un minuto.

Salió de la bañera, se quitó la chaqueta, y con unas pequeñas tijeras que encontró, cortó la manga de la camisa. Tendría que comprarle un traje nuevo a Hilary. No brotaba mucha sangre,

después de todo; lo cual, sin duda, indicaba que la cuchillada no había alcanzado ninguna vena o arteria importante. Cuando terminó de hacer una cura aceptable, había estado a punto de desmayarse un par de veces más. Salió del cuarto de baño. En la salita encontró una botella de *whisky*, y bebió directamente de ella. Luego, se quedó mirando el teléfono.

Pues no. No señor, no pensaba llamar al capitán Harrison. Ahora, menos que nunca. En primer lugar, puesto que Gordon y Morgan se habían marchado ya de Nueva York, lo mismo daba iniciar su búsqueda a las dos que a las diez de la mañana. Y en segundo lugar, si llamaba a Harrison, éste ya no aguantaría más; se haría cargo de todo, dejándolo a él al margen, lo cual no estaba dispuesto a aceptar de ninguna manera. Por último, estaba dispuesto a preguntarle al tipo del esmoquin qué significaba todo aquello del juego de las muñecas. Muñecas vivientes...

Descolgó el auricular del teléfono, lo dejó sobre la mesita, y marcó un número. Por supuesto, el timbre estuvo sonando bastantes veces antes de que atendiesen la llamada.

—¿...?

—Archie, soy yo. Quiero...

—¡...!

—Claro que soy Jerry —gruñó—. Quiero que me busques un coche, y que me digas quién es su propietario.

—¡...!

—¿Y a mí qué me importa que sean las dos y media de la madrugada? Eres mi ayudante, así que muévete... ¡Oh!, ¡está bien, está bien!, sé que a estas horas no se puede hacer nada. Pero quiero que madrugues. Empezaré a llamarte a las nueve para que me pases esa información. La matrícula es de Nueva York, XCW 981 473.

—¿...?

—Te importa un huevo frito dónde estoy y lo que está pasando.

Colgó el auricular, y fue hacia la puerta del apartamento. Abrió la maleta de Ryder, eligió una chaqueta, y se la puso. No estaba mal. De pronto, recordó la suya, es decir, la de Hilary Stamp.

Regresó al cuarto de baño, y de la chaqueta retiró su billetera, que guardó en la de Ryder.

—Todo esto me va a costar la amistad de Harrison. Y el caso es

que no podré culparlo aunque me meta en la cárcel.

Volvió al recibidor, recogió la pistola del suelo, la metió en el bolsillo de la chaqueta, y salió. Lo sorprendente habría sido encontrar a alguien en el pasillo, a las dos y media de la madrugada.

Llegó abajo, abrió la puerta de la calle..., y Gordon apareció ante él.

CAPÍTULO VIII

—¡Hombre, ya está bien! —exclamó Gordon, alzando los brazos con gesto furioso—. ¡Hace...!

La chaqueta y la penumbra no engañaron por más tiempo a Gordon, que lanzó una exclamación, llevó la mano derecha al sobaco izquierdo, cuando ya Jerry, menos sorprendido, estaba sacando la pistola de Ryder del bolsillo.

—¡Gordon, no...!

Gordon no le hizo el menor caso. Sacó la pistola con gesto habilísimo que la dejó ya orientada hacia Jerry Shanon...

¡Plop! Disparó éste.

Gordon lanzó un alarido, y alzó los brazos tirando la pistola hacia lo alto mientras él, tras un par de traspiés, caía de espaldas. El sonido de la pistola de Gordon al rebotar en la acera se produjo cuando la voz llegaba hasta allí:

—¡Gordon! ¡Ryder! ¿Qué pasa...?

Jerry Shanon miró hacia allí, y vio a Morgan a punto de apearse del coche, estacionado en doble fila.

De un salto, se colocó en pleno campo visual de Morgan, apuntándole con la pistola.

—¡Quieto! —exclamó.

Morgan se quedó quieto, en efecto, por efectos del pasmo. Inclinado a medio salir del coche, se quedó mirando estupefacto a Jerry, que movió la pistola hacia él.

—Levante bien las manos y salga del coche, Morgan. ¡Vamos, hágalo!

Morgan se movió..., pero no fue para salir del coche, sino que se metió dentro, cerrando rápidamente la portezuela, y sacando su pistola. Jerry disparó, y la bala rebotó en el montante de la

portezuela, con agudo tañido tremolante, mientras Morgan sacaba la mano armada por la ventanilla. La bala pasó por encima de Jerry Shanon, que se había tirado al suelo, y fue a rebotar contra la fachada del edificio. Jerry giró en busca de la protección de uno de los coches estacionados junto al bordillo, y, mientras tanto, oyó el motor del coche de Morgan al ponerse en marcha.

Cuando se puso en pie, el coche saltaba a todo gas, chirriando los neumáticos.

—¡Morgan! —aulló Jerry—. ¡Deténgase o...!

Era perder el tiempo. Ni Morgan le oía, ni pensaba detenerse, en modo alguno. Jerry saltó a la calzada, y apuntó hacia la rueda derecha trasera del coche.

¡Plop! ¡Plop! ¡Plop!

El neumático reventó, el coche perdió velocidad y comenzó a ir de un lado a otro de la calzada, hasta que subió a la acera, se estrelló contra una de las farolas, y, una milésima de segundo más tarde, se convertía en una bola de fuego.

Jerry estaba todavía como clavado al suelo, fascinado contemplando las altas llamas envueltas en negro humo, cuando apareció Helen corriendo, al aire sus hermosos cabellos largos, negros...

—¡Jerry, Jerry...!

Shanon reaccionó. Corrió al encuentro de Helen, la tomó del brazo, obligándola, a dar media vuelta, y corrieron ambos hacia donde ella tenía el coche, en la esquina siguiente, de acuerdo a las instrucciones del propio Jerry Shanon.

—¡Corre! —gritó éste—. ¡Tenemos que marcharnos de aquí inmediatamente!

* * *

—No te lo vas a creer, quizá, pero es la primera vez que recibo a un hombre en mi apartamento. Por propia voluntad, se entiende.

—¿Por qué no he de creerlo? —musitó Jerry.

Ella terminó de vendarle el brazo mucho mejor de lo que lo había hecho antes Jerry, y lo miró, sonriente, pero con un destello de preocupación en el fondo de los oscuros y brillantes ojos.

—Jerry, creo que deberías avisar al capitán Harrison, y dejar que él...

—No. Antes tengo que hacer otra llamada. Alcánzame el teléfono, por favor.

Estaba sentado en el sofá. Helen acercó la mesita en la que estaba el teléfono, y mientras Jerry marcaba un número, recogió el botiquín. Oyó el timbre del teléfono al otro lado, amortiguado... Jerry miraba alrededor, distraído. No estaba en condiciones mentales para valorar lo confortable, alegre y elegante del apartamento de Helen, que por otra parte, ya conocía, de su incursión anterior. ¿Por qué no tenía que creer que era la primera vez que ella recibía a un hombre allí? ¿Por qué no? Si ella...

—¿...?

—¡Hola, cariño! —saludó Jerry.

—¡...!

—Efectivamente, bello idiota de mil colores, soy yo: el Hombre Lobo. Pero no puedo morderte. Y ahora, Hilary, hablemos en serio: ¿le has dicho a alguien que yo no estaba en tu apartamento, sino dando vueltas por la ciudad, por El Gatopardo y demás sitios?

—¡Maldito seas, especie de cretino! ¡Te dije que no debías decírselo a nadie! ¿A quién se lo dijiste?

—Está bien, está bien, cálmate, hombre... ¡Ay, chico, perdona! ¡Bueno, sigue durmiendo y soñando con los angelitos!

—¿Que estoy de buen humor? ¡Vete al cuerno, imbécil!

Colgó de un manotazo, y se quedó mirando el aparato. Helen demostró tener mucha más perspicacia que Hilary Stamp.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan rabioso?

Jerry la estuvo mirando unos segundos como si no la viese, antes de asentir con un gesto.

—Tal como me temía, Harrison no confió en mí. Me conoce bastante bien, y si me dejó suelto esta noche fue por amistad. Por cierto, que la amistad está ocasionando muchos disgustos... Bueno, Harrison llamó al apartamento de Stamp, y le apretó tanto las clavijas que éste tuvo que admitir que yo no estaba allí. No puedo censurarle que cediese, desde luego.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Harrison se enteró de que yo estaba por ahí. Luego, llamó a Angus para decirle que si me veía me pasase la orden de presentarme inmediatamente en el Departamento, y que a él quería verlo a las nueve en punto de la mañana. Esto es lo que Angus le

dijo a Hilary cuando lo llamó...

—¿Forrest llamó a Hilary Stamp? ¿Por qué?

—Porque Harrison le dijo que yo había estado allí, etcétera, así que Angus llamó a Hilary para preguntarle qué sabía de mí, ya que Harrison no había sido muy explícito... Y como Hilary sabe que Angus y yo somos uña y carne, pues se lo dijo. Le dijo a Angus que yo debía estar por El Gatopardo, el Happy Bar, o cualquiera de los locales que él me indicó, para encontrar a Margie y Dolly.

—Bueno..., ¿y qué? —Seguía, sin comprender, Helen.

—¿No te has detenido a pensar por qué querían escapar tan rápidamente Gordon, Ryder y Morgan?

—Pues no sé... ¿Por qué?

—Porque sabían que yo estaba vivo, y si lo sabían, es porque alguien se lo dijo, ¿no? Y sabían que yo iría al Departamento de policía, daría sus nombres, los buscaría en los ficheros..., y que los encontraría a los tres o a alguno de ellos. Así que quisieron poner tierra de por medio. Ryder subió a su apartamento a recoger sus cosas, Gordon y Morgan fueron a recoger las suyas, y luego pasaron a buscarlo con el coche, para escapar juntos. La pregunta es: ¿quién les dijo a esos tres asesinos que yo estaba vivo?

—¿Quién? —Parpadeó Helen.

—Veamos... Gordon estaba en el Coral Reef, tan tranquilo, conversando con el tipo gordo y calvo del esmoquin. Eso implica que me creía muerto. Pero Morgan y Ryder llegan al Coral Reef, y le dicen que estoy vivo. No tiene nada de sorprendente que Gordon estuviese en el Coral Reef, pues resulta evidente que frecuentaba ese ambiente de chicas que trabajaban como modelos. Lo sorprendente es que Morgan y Ryder se hubiese enterado de mi supervivencia. ¿Quién se lo dijo? Me gustaría escuchar alguna teoría tuya.

—Pues lo siento —sonrió Helen—, pero me parece que de estas cosas no entiendo mucho, mi amor.

—Yo sí. No demasiado, pero me las voy arreglando. ¿Quién los avisó? Pues, pudo ser una de estas cuatro personas: el capitán Harrison, Hilary Stamp, Angus Forrest..., y Helen Bowman.

Helen Bowman se quedó mirando fijamente a Jerry Shanon. Luego, sin decir palabra, se sentó en un sillón, y se quedó mirando al suelo.

—Lo siento —murmuró Jerry—. Sólo habéis podido ser uno de vosotros cuatro, Helen.

—Está bien.

—No estoy mostrándome muy agradecido a tu hospitalidad, ¿verdad?

—No me importa que desconfíes de mí. Te atienes a una lógica que tengo que aceptar. Soy una mujer inteligente y serena, Jerry.

—Es una clase de belleza que me gusta tanto o más que la física. ¿Te importa que siga utilizando tu teléfono?

—Claro que no. ¿Quieres que prepare café?

—Te lo agradecería.

Helen fue a la cocina. Cuando regresó con el café ya preparado, Jerry estaba todavía con la mano derecha sobre el auricular. La retiró, miró a la muchacha, y se pasó la lengua por los labios.

—He llamado al capitán Harrison —murmuró—. Le he dicho que fuesen al apartamento de Ryder, y que no se molesten en esperar más a Margie y Dolly, que están en el fondo del Reservoir Lake. Lo empezarán a dragar por la mañana. Mientras tanto, Harrison ha agradecido el informe para ir al apartamento de Ryder. De lo sucedido en la calle ya se había enterado. ¿Sabes lo que había en el coche de Morgan y los otros?

—No.

—Drogas. El maletero estaba lleno de drogas. Bueno, quiero decir que había una gran cantidad. De todas clases: morfina, cocaína, marihuana... Lo que quieras.

—Entonces, tenías razón: no mataron a Jane Benton y a las otras por lo del robo de los diseños de Angus Forrest, sino...

—También he estado telefoneando a Angus —tragó saliva Jerry—. Y no contesta.

—Debe tener el sueño muy pesado.

Jerry miró a Helen, volvió a tragar saliva, y permaneció en silencio. Durante unos minutos, el silencio persistió, mientras tomaban el café. Eran las cuatro y diez minutos de la madrugada. Jerry Shanon no tenía ni pizca de sueño, pero el brazo herido comenzaba a pesarle; lo notaba como dormido.

Quien se durmió, finalmente, pese al café, fue Helen. Pero no Jerry Shanon, que se sirvió más café y luego una buena dosis de *whisky* que encontró en el mueble-bar. De pie ante Helen, estuvo

contemplándola mientras bebía el *whisky*. Sí, la había encontrado... Quizá existe la suerte, después de todo: él podía ser muy bien el hombre de su vida, y ella la mujer de su vida.

—Ni siquiera hace veinticuatro horas que la conozco —meditó— ... Pero supongo que estas cosas pasan.

Helen tenía la boquita entreabierta, mostrando el sonrosado tono del interior del labio, y los dientes, muy blancos. Parecía una niña... Una muñeca. Eso era: una muñeca.

Jane Benton, Nancy Parker, Margie Downs, Dolly Craig... Cuatro bonitas muñecas con las que alguien había estado jugando a un juego brutal. Tras mucho pensar, Jerry había llegado a la conclusión de que era la libreta de Jane Benton la que había provocado la muerte de las otras tres.

Cuando él llamó a Nancy Parker, ésta no creyó que Jane Benton le hubiese dado su teléfono, así que desconfió de él. Seguramente, no sabía que Jane había muerto, pero sí debía saber que Jane jamás daría su teléfono a un hombre. Debían tener otro modo de relacionarse. Por lo tanto, si un hombre la llamaba, y luego ella llamaba a Jane, y Jane no contestaba, era que algo había ocurrido. Entonces, ella avisa a alguien. No a Gordon, Morgan o Ryder, no... Esos tres habían sido simples carniceros, peones en el juego. Sí, Nancy llama a alguien, y alguien envía a los tres asesinos a por ella, y luego, mientras, el está luchando entre la vida y la muerte en el río, ellos van a por Margie y Dolly.

Y ese alguien tenía que ser Helen Bowman, Hilary Stamp, el capitán Harrison, o Angus Forrest.

Al pensar en su amigo, Jerry miró hacia el teléfono. Luego, miró el relojito de Helen. Eran casi las cinco de la madrugada. Se sentó, y marcó el número. La respuesta fue rapidísima.

—¿...?

—¡Hola, Angus!

—¡...!

—Tu seguro servidor. Me enteré de que Harrison te había llamado, y pensé que podía haberte ocasionado molestias. ¿No ha aparecido por ahí?

—...

—¡Ah...! ¿Hace menos de una hora que has regresado? ¿Y dónde demonios has estado?

—...

—Buscándome por los sitios que te dijo Hilary, y por otros muchos... No has debido molestarte, Angus.

—...

—Bueno, como acostumbro a decir, la bola ya está rodando. Lo hecho, hecho está, así que vamos a ver cómo salimos del lío. ¿Te ha citado Harrison para las nueve?

—...

—Ya. Está bien: no vayas a verlo. Yo lo llamaré, y arreglaré las cosas de otro modo... No, hombre, no te preocupes, te digo que yo me entenderé con Harrison. Ve a Vanities y ocúpate de tus cosas, simplemente... ¿Qué?

—¿...?

—¡Oh!, pues —la mirada de Jerry se desvió hacia Helen—... Bueno, estoy invitado en un apartamento. ¡Me olvidaba! ¡Tengo ya resuelto el asunto de los robos de diseños!

—¡...!

—Tranquilo. Esta misma mañana hablaremos de eso. Hasta luego, Angus.

Colgó el auricular, sin dar tiempo a Forrest a insistir. Helen Bowman continuaba durmiendo profundamente, indefensa, confiada... Jerry Shanon se encontró pensando que le gustaba más que las del escaparate de Vanities, y eso le hizo sonreír de oreja a oreja.

A las siete y media de la mañana, Helen Bowman despertó, y se puso en pie de un salto, exclamando:

—¡Me he quedado dormida!

—Eso parece —sonrió Jerry—. Supongo que no tienes una maquinilla de afeitar.

—No —sonrió también ella—. Pero barbudo también estás muy guapo.

—¿Te parezco guapo?

—¡Claro que sí! —Acabó por reír Helen—. Creo que lo primero que debemos hacer es mirar tu herida, y ponerte una cura nueva. ¿Cómo te sientes?

—Mal Estoy hecho papilla. Pero no pienso moverme de aquí hasta que consiga cierta información por teléfono.

Helen asintió. Preparó el botiquín, y retiró el vendaje del

antebrazo de Jerry. La herida se veía limpia, sin sangre, pero con una ligera supuración acuosa.

—Yo diría que no tiene mal aspecto —dijo Helen.

—Pues a decir verdad, yo, preferiría un bistec así de grande.

—¡Tengo carne en el refrigerador! —rió ella—. Pero me parece que los bistecs no son de ese tamaño.

—Entonces, dos o tres. ¿No estás molesta conmigo?

—¿Por desconfiar de mí? —Ella se inclinó, y lo besó dulcemente en los labios—. Ése es tu trabajo, ¿no?

A las nueve en punto, ya desayunado, vendada adecuadamente la herida, reconfortado por el café, Jerry Shanon llamó a su oficina. Archie no estaba allí. Buena señal. Volvió a llamar a las nueve y media, a las diez menos cuarto, a las diez, a las diez y cuarto... A esta hora, Archie ya estaba en el despacho.

—¿Lo tienes?

—...

—No, no apunto; simplemente, dímelo.

—...

—Bien. Gracias, Archie.

Colgó, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del apartamento, que había quedado a su disposición, pues Helen se había marchado a trabajar a Colby después de desayunar y asegurarse que su brazo estaba bien atendido.

Un minuto más tarde, Jerry Shanon estaba en la calle. Llamó un taxi, pidió que le llevaran a Bay Shore, en Long Island, y se recostó con gesto de cansancio en el asiento.

Lawrence Hickman. Lawrence Hickman; 205, Seaside Drive; Bay Shore, Long Island.

Bueno, era de esperar que el gordo, alto y calvo señor Hickman accediese a explicarle al alto, rubio y atlético señor Shanon, qué hacía la noche anterior en el Coral Reef en compañía de sujetos tan poco recomendables como Gordon, Morgan y Ryder.

Vaya si se lo explicaría.

A las buenas o a las malas. Como en las tómbolas de feria, el señor Hickman podría elegir.

CAPÍTULO IX

Pero, en la tómbola de la vida, al señor Lawrence Hickman le había tocado un premio mucho peor que el de enfrentarse al alto, rubio y guapo señor Shanon.

Vivía en una hermosa quinta, cerca de la playa, con muchos árboles y flores. Y piscina, naturalmente.

Precisamente, alrededor de la piscina era donde había tanta gente, Jerry pudo verlo desde las verjas, ante las cuales había un policía de uniforme, que intentó impedirle el paso. Jerry le mostró su licencia de detective privado, señalando al mismo tiempo hacia la piscina.

—Desde aquí veo al teniente Track, un buen amigo mío. Si no está conforme con dejarme entrar, vaya a consultar con él.

Como soltar una mentira así sería de tonto, y Jerry Shanon tenía la cara estropeada pero no de tonto, el policía lo dejó entrar en la quinta. Delante de la casa había dos mujeres y un hombre, evidentemente asustados. Junto a la piscina, rodeado de policías, había otro empleado de la quinta, que estaban dando explicaciones al teniente Track. Por fin, las explicaciones terminaron, el criado se fue hacia la casa, a reunirse con los otros, y Track se volvió... Alzó las cejas al ver a Jerry esperando pacientemente.

—Hombre, Shanon... ¿Qué tal?

—¿Puedo acercarme, teniente?

—Claro que sí. Apuesto a que con un solo vistazo nos dice quién es el asesino... ¿No es así como trabajan los maravillosos detectives privados?

Era una broma amistosa, y Jerry la aceptó sonriendo, mientras estrechaba la mano del policía. Luego, por fin, pudo echar un vistazo a la piscina, justo en el momento en que el hombre-rana

salía a la superficie remolcando el cadáver. El cadáver tenía un extraño tono azulado, y estaba en pijama y batín, no en esmoquin, pero, naturalmente, Jerry lo identificó en el acto. ¡Pobre señor Hickman!

—Estamos utilizando tantos requisitos —dijo Track—, porque previamente el «rana» ha informado que tiene cuatro balazos en el pecho... ¿Lo conocía usted, Shanon?

—No.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Pues, me enteré de que la policía se iba a encontrar con un caso difícil y vine aquí a ver si, de un solo vistazo, les solucionaba el apuro.

Track también era hombre de buen humor y talante, así que sonrió.

—Es la respuesta que me merezco. ¿Secreto profesional?

—Más o menos —musitó Jerry.

—Espero que no olvide que si sabe algo, está obligado a comunicarlo a la policía, Shanon.

—Teniente: le aseguro que en cuanto sepa algo positivo me apresuraré a informarle. ¿Quién lo ha encontrado? ¿El criado con el que estaba usted hablando?

—Claro. Se llevó un susto tremendo. Creía que el señor Hickman estaba en su habitación, naturalmente. Soltero, sin hijos, millonario... ¿Qué le parece?

—Así es la vida. Bueno, teniente, adiós.

Track quedó atónito.

—¿Cómo, adiós? ¿Ya se marcha?

—Sí.

—Pero..., ¿a qué ha venido?

—Pasaba casualmente por aquí, dando un paseo... ¿Aceptaría un trato conmigo, teniente?

—Con usted, siempre.

—Magnífico. Supongo que puede disponer de un coche, ¿no?

* * *

—¡Aleluya! ¡Chicas, mirad quién está aquí: el Hombre Lobo en pleno día! ¡Ay, qué emoción!

Jerry se plantó delante de aquel ejemplar de fauna desorientada,

y movió la cabeza.

—Hilary: no comprendo cómo Angus y Mulberry te soportan en el negocio.

—¡Anda! ¿Dónde iban a encontrar otra perla como yo?

En Vanities no había cuentas. Pero sí las encargadas de ventas, que se echaron a reír de buena gana.

Y todavía rieron más cuando Jerry le dio a Hilary Stamp una palmada, y señaló luego hacia el fondo de la tienda.

—Ven conmigo, perita en dulce.

—¡Ay, qué manos tan duras! ¡Gladiador!

Las dependientas todavía reían cuando Stamp y Jerry desaparecieron en la trastienda. Allí, Mulberry estaba ya trabajando con una de las modelos. Esta vez Jerry Shanon no cometió equivocación alguna. Había tres modelos más, solamente, y entre ellas vio a Carol Ward, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Hola, Shanon! —saludó Mulberry—. ¿Otra vez por aquí?

—Ya ve... Acabaré pidiendo un empleo de modelo.

Hubo algunas risitas, que subieron de tono cuando Stamp exclamó:

—¡Chicas, ya podéis buscaros otro empleo, no tenéis porvenir con esta competencia!

—Deja ya de decir memeces —gruñó Jerry—. Ve a decirle a Angus que venga.

—¿Aquí?

—No, a la Luna. ¡Serás bobo...!

—¡Ay, qué hombre, siempre ofendiendo...!

Stamp fue en busca de Forrest, con el que regresó a los pocos segundos. Angus Forrest llegó poco menos que corriendo. Puso las manos en los hombros de Jerry, y preguntó ansiosamente:

—¿Estás bien? ¿Estás bien, Jerry?

—Estaré mejor dentro de una semana. Bien, estoy muy cansado, así que no vamos a perder el tiempo. El asunto de los robos de diseños será solucionado más tarde, lo más amistosamente posible, porque así lo prometí. Ahora, vamos a pasar a lo verdaderamente serio. Jovencitas —miró a las modelos—: ¿alguna de ustedes sabía a qué se dedicaban Margie Downs y Dolly Craig en sus horas libres?

El desconcierto cundió entre los presentes. Forrest buscó con la mirada a las dos modelos mencionadas, y al no encontrarlas, se

quedó mirando a Jerry.

—Están dragando el Reservoir Lake de Central, para sacarlas — murmuró Shanon—. Las mataron anoche, las lastraron con unas barras de hierro y las tiraron al lago. En cuanto a Jane Benton, ya es hora de que todos ustedes sepan que ayer por la mañana fue estrangulada aquí mismo, en Vanities, en el almacén. Luego, está Nancy Parker, a la que supongo debían conocer, fuera de aquí; a ésta la mataron a balazos, la metieron en una maleta y se la llevaron para enterrarla por ahí.

Al principio habían sonado grititos y gemidos, pero las palabras de Jerry Shanon, directas, rudas, casi brutales, cortaron muy pronto toda manifestación de sorpresa o espanto. Todos le estaban mirando como si se hubiese vuelto loco.

—Yo les diré a qué se dedicaban Margie Downs y Dolly Craig. Se dedicaban a jugar a muñecas. Las muñecas eran ellas, naturalmente. Un hombre llamado Lawrence Hickman llevaba el... control del negocio. Con ese hombre trabajaban tres asesinos profesionales, llamados Ryder, Morgan y Gordon, que eran los que, en caso necesario, intervenían... rudamente. Si todo iba bien, se dedicaban a hacer el reparto de drogas entre las muñecas. ¿Y qué hacían las muñecas? Todas eran muy lindas, así que es fácil de comprender que un hombre se sintiese a gusto con ellas. Hay muchos caballeros que no tienen demasiados escrúpulos a la hora de pasarlo bien. ¿Mil dólares? ¿Dos, tres mil...? Okay.

Pagaban, y sabían que aquella noche iban a tener una muy agradable compañía: una muñeca cultivada, elegante, sofisticada. Así de simple. Pero las muñecas tenían otras instrucciones.

Mientras... divertían a sus protectores de turno, se las arreglaban para sugerir el consumo de drogas.

¿Cuál prefiere usted, querido mío?

¿L. S. D.,

simple marihuana, morfina, heroína...? ¡Tengo de todo!

Así pues, el negocio era doble para el señor Hickman, pues además del dinero que ganaba con su... flotilla de hermosas muchachas, colocaba grandes cantidades de drogas. Bien entendido que las muñecas eran muy discretas, y que sabían cuándo NO debían sugerir semejante cosa, y limitarse a ser muñecas. Claro está, con esta clase de vida estaban ganando mucho más dinero que

siendo modelos, así que valía la pena. Pero, no todas aceptaban cuando se les proponía esta clase de vida, naturalmente. Algunas, rechazaban la oferta. Entonces, claro, había que eliminarlas, porque sabían más de lo conveniente para su... manager. Su manager frustrado, se entiende. Eso fue lo que ocurrió con Jane Benton. Y ahora pregunto: ¿era el señor Hickman, el encargado de reclutar a las muñecas?

El silencio era total.

Jerry encendió un cigarrillo, sin mirar a nadie, y esperó unos segundos.

—Pues no. El señor Hickman, indudablemente, era el encargado de proporcionar la droga, que debía ser su negocio desde hace mucho tiempo. Pero, el negocio se amplió cuando se asoció con la persona que estaba encargada de reclutar a las chicas. ¡Magnífico! ¡Eso sí, era ganar dinero! Ahora, hablemos de la persona encargada de reclutar las muñecas. Esa persona, estranguló ayer aquí a Jane Benton cuando ésta se negó a formar parte del negocio de las muñecas. Esa persona ordenó el asesinato de Nancy Parker, Margie Downs, Dolly Craig, el mío, y, personalmente, esta noche se ha encargado de matar al señor Hickman. ¿Por qué al señor Hickman, también? Por lo mismo que a los demás: le comprometía, en unos momentos en que mi supervivencia estaba poniendo las cosas muy difíciles.

Porque, además de conocer ya a Gordon, Ryder y Morgan, yo, en mi recorrido de anoche por algunos clubs, podía haber visto a Hickman con Gordon. Así pues, liquidación total: los tres asesinos se largan con la droga a esperar nuevas instrucciones, estafando así al socio Hickman, las muñecas son eliminadas..., y conmigo no se insistió mas porque el socio de Hickman, finalmente, ya no sabía dónde encontrarme. En cambio, sí sabía dónde estaba Hickman, así que lo llamó por teléfono, le dijo que lo esperaba en el jardín de su quinta, y cuando Hickman salió sigilosamente, lo mató, lo tiró a la piscina y asunto terminado. Ahora, muerto Hickman, muertos Gordon, Morgan y Ryder, muertas las muñecas conocidas e ignorando yo quiénes de entre todas las modelos de Nueva York forman parte de la flotilla, el socio del señor Hickman puede estar tranquilo, conteniendo por el momento sus deseos, casi su necesidad de matarme. Pregunta: ¿quién es la persona asociada al

señor Hickman, y, en resumen, el... inventor de las muñecas proveedoras de drogas a clientes adinerados?

Angus Forrest tragó saliva.

—¿Quién? —musitó.

—Es, ante todo, una persona inteligente e imaginativa. Sí, tiene mucha imaginación. Conoció a Hickman, se puso a pensar, ideó lo de las muñecas, ha estado siempre atento a todo... ¿Quién es?

Bueno, reflexionemos. Es una persona que está siempre en contacto con modelos. Y no sólo de Nueva York, sino del resto del país y, posiblemente, del extranjero, porque viaja mucho para presentar desfiles, asistir a convenciones sobre la moda; cosas así. Puestas así las cosas, podría ser, por ejemplo, el señor Mulberry.

Broderick Mulberry palideció.

—¡Shanon, no le...!

—Tranquilo, hombre. Ha sido un ejemplo. Un ejemplo que demuestra lo difícil que habría sido para mí obtener todas estas conclusiones, si no se hubiese pronunciado cierta frase en determinado momento. La frase la pronunció el asesino llamado Morgan, cuando me vio. Y fue ésta: «¡pues es verdad, es muy guapo!». Yo repartía mis sospechas entre cinco personas cuando recordé la frase esta madrugada. Esas personas eran: Helen Bowman, el capitán Harrison, el señor Mulberry, Hilary Stamp, y, Dios me perdone, Angus Forrest, al cual, en realidad, había ya desechado como sospechoso. ¿Y qué decir del capitán Harrison? Absurdo, ¿no les parece? Bien, entonces.... ¿Helen Bowman? No, porque entonces, en lugar de decirme dónde estaba Ryder, me habrían tendido una trampa los cuatro. Pues ya sólo quedaban el señor Mulberry y el sarasín de Hilary. Ahora, ¿cuál de los dos me describiría a mí a unos asesinos profesionales diciéndoles que soy un hombre «muy guapo»? ¿Cuál de los dos? ¿Cuál de los dos, y no quedan más, ya que Jane Benton fue asesinada aquí, y los dos estaban aquí? ¿Cuál, cuál, cuál...? Señor Mulberry: ¿le parezco a usted un hombre «muy guapo»?

Broderick Mulberry ni siquiera contestó a Jerry. Como los demás, estaba mirando con expresión desorbitada a Hilary, que miraba, a su vez, a Jerry Shanon.

—Me parece —sonrió Jerry—, que a Mulberry no le parezco muy guapo. Ni feo. No le parezco nada; para él soy un tipo alto,

rubio, de ojos oscuros, bien vestido, y nada más. En cambio, a Hilary, que considera que las mujeres son unos bichitos repugnantes que hay que explotar en lo único que saben hacer bien, siempre ha sentido una especial inclinación hacia mí, ¿verdad, Hilary? ¿Verdad, cochinito? Pero, así es la vida: a veces, aun admirando a una persona, no hay más remedio que ordenar su muerte. ¿Verdad, casi macho?

Los ojos de Hilary Stamp giraron, de pronto, en todas direcciones. Y también, de pronto, con asombrosa agilidad, saltó hacia el banco donde habían telas, alfileres, hilos, forros, dibujos... y grandes tijeras, enormes tijeras de profesional. Agarró una de ellas, y se volvió blandiéndola hacia Jerry Shanon, desorbitados los ojos, demudado el rostro.

Y antes de que nadie acertase a reaccionar, se abalanzó contra el detective privado, blandiendo las tijeras como si fuesen un puñal, y barbotando maldiciones y obscenidades...

—¡Stamp! —Sonó una voz en la puerta—. ¡Quieto!

Pero Hilary Stamp no hizo el menor caso. Sin dejar de chillar como una rata, volvió a la carga contra Shanon, que le había esquivado fácilmente...

¡Crack!, restalló el disparo.

Stamp soltó un chillido de auténtica ratita, giró sobre sí mismo varias veces, y fue a caer de bruces a los pies de la modelo que estaba sobre el pequeño pedestal, y que comenzó a gritar, llevándose las manos a la boca.

En la puerta, el capitán Harrison miró de reojo al teniente Track, que estaba un poco pálido, todavía con la pistola en la mano derecha, mirando al hombre que acababa de herir.

Una herida de muerte.

El primero en acudir junto a Hilary Stamp fue precisamente el hombre a quien tan enconadamente había deseado ver muerto: Jerry Shanon. El cual se inclinó sobre el herido, le dio la vuelta cuidadosamente, y tras contemplar el boquete de la herida, miró los ojos, en los que la luz se estaba apagando. Una mano de Stamp se crispó en la ropa de Jerry, tirando de ella. Jerry se inclinó.

—¿Sí, Hilary?

—A... adiós, bello... bello muñeco...

Jerry Shanon sintió como si la cabeza le fuese a explotar, al

acumularse la sangre en ella, impulsada por la ira.

ESTE ES EL FINAL

—¡Atiza! —exclamó Jerry; Shanon, al abrir la puerta—. ¡Pero si es mi futura esposa! ¿Qué traes ahí?

Helen Bowman entró en el apartamento de Jerry, se fue directa al saloncito, seguida por el gratamente sorprendido detective privado, y tras dejar la caja qué había llamado la atención de éste, se volvió.

—¿Qué tal estás? —se interesó.

—Pse. Todavía no puedo peinarme con la mano izquierda, pero no importa, porque no soy zurdo.

—Muy gracioso. ¿Te parece bonito lo que has hecho? ¡Descubres a una ladrona de diseños y todo lo que haces luego es obligar a tu amigote a aceptar un arreglo económico con ella y con su padre!

¡Como profesional en esta actividad comercial, yo pienso...!

—Si empiezas a pensar, esto va a terminar mal —gruñó Jerry—. ¿Qué traes ahí?

—Te he comprado una docena de corbatas. Es mi regalo de bodas..., suponiendo que seas un hombre de esos que cumplen la palabra dada a la mujer.

—Veamos antes las corbatas.

Helen asintió. Deshizo el paquete, y sacó un montón de corbatas, que depositó ante los atónitos ojos de Jerry Shanon. Corbatas, corbatas, corbatas..., ¡preciosas y elegantísimas corbatas de cuarenta dólares!

—Me parece —masculló—, que sería un cretino si dejase escapar a una mujer capaz de comprar corbatas tan elegantes. Oye, ¿y esto otro, qué es?

—¿Este paquetito?

—Sí, este paquetito.

Helen deshizo el paquetito, sacando de él una camisita de dormir de color rojo claro. Puro cristal rojo, una preciosidad de ésas completamente inútiles, como no sea para adornar y emocionar.

—¿Te gusta?

—Pues... no sé. Sobre estas cositas sólo se puede opinar cuando se ven puestas. Vamos, digo yo...

Helen Bowman sonrió de orejita a orejita.

—¡Oh, bueno! —susurró—..., jeso es tan fácil!

FIN

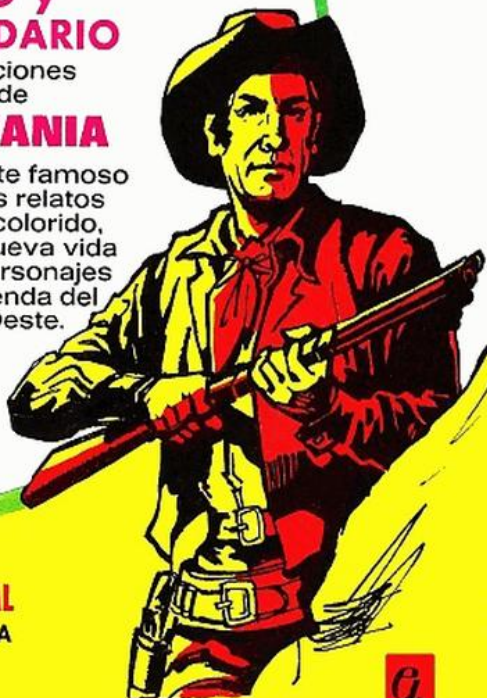
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...